MEDIO ORIENTE PARA TODOS

LA CLASE DEL PROFESOR ZAHIRA...

SALVADOR RANGEL ABUD

Medio Oriente para todos

La clase del profesor Zahira

Una novela breve sobre la historia más larga del mundo

Por: Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

El profesor Benjamín Zahira lleva veintitrés años enseñando historia en el Colegio Mediterráneo de la Ciudad de México. Es hijo de padre israelí y madre palestina, y lleva esa historia en los genes. Un lunes de octubre, una alumna llega con la pregunta que todos tienen pero pocos formulan en voz alta: *¿quién tiene razón en el conflicto de Medio Oriente?* Lo que sigue es un semestre de sesiones extraordinarias en las que cinco estudiantes —una chica judía de tercera generación, un joven de origen libanés, un descendiente de persas, el nieto de otomanos con una caja sin abrir en casa de su abuela, y una mexicana sin ninguna conexión directa con la región— descubren que la historia más disputada del mundo tiene cinco mil años de profundidad, y que entenderla cambia la manera de ver el presente.

La novela avanza desde Mesopotamia y los imperios de la Antigüedad hasta la guerra entre Estados Unidos, Israel e Irán de febrero de 2026, pasando por el Islam y el cisma sunita-chiíta, las Cruzadas, el Imperio Otomano, el triple embuste diplomático de la Primera Guerra Mundial, la Nakba de 1948, la esperanza y el fracaso de Oslo, el 7 de octubre de 2023, y la Operación Furia Épica del 28 de febrero de 2026. Una obra de ficción cuyos personajes son inventados pero cuya historia es rigurosamente verdadera.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene descripciones de violencia bélica, masacres históricas y sus consecuencias humanitarias, incluyendo referencias al Holocausto, la Nakba palestina, los conflictos árabe-israelíes, los ataques del 7 de octubre de 2023 y la guerra entre Estados Unidos, Israel e Irán de 2026. También aborda la muerte de civiles, incluyendo niños, en contextos de conflicto armado. El tratamiento es didáctico, sin contenido gráfico explícito, pero puede resultar emocionalmente intenso para lectores sensibles a estos temas. Recomendada para lectores mayores de 14 años.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en Ciencias. Es también escritor aficionado con más de ciento cuarenta novelas publicadas, bajo licencia libre en plataformas de acceso abierto. Su obra narrativa abarca géneros que van de la ficción histórica a la novela didáctica, con un interés sostenido en hacer accesible el conocimiento complejo a lectores no

especializados. *Medio Oriente para todos* surge como extensión narrativa de un ensayo de divulgación histórica del mismo nombre, escrito por el autor como introducción al conflicto para lectores sin formación previa en el tema.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

- **Título:** Medio Oriente para todos. La clase del profesor Zahira
- **Subtítulo:** Una novela breve sobre la historia más larga del mundo
- **Autor:** Salvador Rangel Abud
- **Género:** Novela didáctica / Ficción histórica
- **Extensión aproximada:** 18,000 palabras
- **Idioma:** Español
- **Primera publicación:** Marzo de 2026
- **Plataforma:** Internet Archive
- **Contacto:** wrangel.1352@gmail.com
- **Licencia:** Creative Commons CC BY-NC-ND 4.0

NOTA DEL AUTOR

Esta es una historia de ficción. El Colegio Mediterráneo de la Ciudad de México no existe. El profesor Benjamín Zahira no existe. Pero todo lo que él les cuenta a sus alumnos es rigurosamente verdadero. Los personajes son inventados; la historia que narran, no.

Esta novela nació de una pregunta honesta: ¿cómo explicarle el conflicto de Medio Oriente a alguien que no sabe nada del tema sin caer en la simplificación, la propaganda o el aburrimiento? La respuesta fue un salón de clases ficticio donde cinco jóvenes —cada uno con su propia historia familiar ligada a la región— aprenden lo que el mundo debería saber antes de opinar. El lector es, en todo momento, Sofía Morales: la chica que llegó por el horario y se quedó por las preguntas.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons **CC BY-NC-ND 4.0** (Atribución — No Comercial — Sin Derivadas).

Usted es libre de compartir y distribuir este material en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue el crédito adecuado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se distribuyan versiones modificadas de la obra.

Para ver el texto completo de la licencia: https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

© Salvador Rangel Abud — wrangel.1352@gmail.com

PALABRAS CLAVE

Medio Oriente, conflicto israelí-palestino, historia del Islam, Imperio Otomano, sionismo, Nakba, Oslo, Hamas, Irán, guerra, novela didáctica, ficción histórica, divulgación, 7 de octubre, historia universal, Mesopotamia, Cruzadas, Siria, Líbano, Gaza, Cisjordania, geopolítica, refugiados, colonialismo, derecho internacional.

TEMAS PRINCIPALES

La novela aborda el conflicto de Medio Oriente como proceso histórico de larga duración, desde los primeros imperios de Mesopotamia hasta la guerra entre Estados Unidos, Israel e Irán de 2026. Explora la coexistencia y el antagonismo entre el judaísmo, el cristianismo y el Islam como religiones abrahámicas con un territorio sagrado compartido; el surgimiento del nacionalismo árabe y del sionismo como movimientos paralelos del siglo XIX; el impacto del colonialismo europeo y la triple traición diplomática de la Primera Guerra Mundial; la fundación del Estado de Israel y la Nakba palestina como dos experiencias radicalmente distintas del mismo año; los sucesivos intentos de paz y sus fracasos; y las consecuencias de largo plazo de setenta y cinco años de conflicto no resuelto. Trata también las dimensiones menos visibles del conflicto: el agua, la demografía, los asentamientos, la división interna palestina y el papel de Irán como potencia regional.

CITAS DESTACADAS

"La pregunta importante no es de quién es la culpa. Es qué hacemos ahora con lo que heredamos." — El profesor Zahira

"Los conflictos grandes se resuelven, si es que alguna vez se resuelven, no con tratados firmados en grandes cámaras, sino con personas ordinarias que deciden que la persona frente a ellas es más importante que el bando al que pertenece." — El profesor Zahira

"Empecé este semestre queriendo saber quién tiene razón. Termino el semestre sabiendo que esa es la pregunta equivocada." — Sofía Morales, diario personal

"¿Por qué ese accidente y no otro? A veces la historia necesita una chispa para encender lo que ya estaba acumulado." — El profesor Zahira

"Un país que podría tener la bomba es mucho más difícil de atacar que uno que claramente no la tiene." — El profesor Zahira

---

COMPARACIONES LITERARIAS

Medio Oriente para todos comparte con *La elegancia del erizo* de Muriel Barbery la estructura de una comunidad encerrada que procesa el mundo desde adentro, y con *El nombre de la rosa* de Umberto Eco la ambición de hacer circular el saber histórico dentro de una trama de personajes. Se

aproxima al género de la novela de ideas cultivado por Milan Kundera en su uso del diálogo como vehículo de pensamiento, y a la tradición latinoamericana de la novela de formación en su retrato de jóvenes que descubren la complejidad del mundo adulto. La influencia formal más cercana en términos narrativos es la de Mario Vargas Llosa en su manejo del tiempo, las voces y la alternancia entre escenas de clase y momentos privados. Como obra de divulgación novelada, dialoga también con *Sophie's World* de Jostein Gaarder, aunque con un tono más sombrío y con el peso de un conflicto aún sin resolver.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. Sofía llega al curso con la pregunta "¿quién tiene razón?" y el profesor le dice que es la pregunta equivocada. ¿Cuál crees que sería la pregunta correcta? ¿Llegaste a la misma conclusión que Sofía al final?
2. El profesor Zahira es hijo de padre israelí y madre palestina. ¿Cómo influye esa condición en su manera de enseñar? ¿Crees que alguien sin esa historia personal podría enseñar este tema de la misma manera?
3. Cada alumno lleva al aula una historia familiar ligada a la región —judía, árabe, persa, otomana—. ¿Cuál de esas historias te resultó más cercana o más sorprendente? ¿Por qué?
4. La novela presenta el sionismo como "simultáneamente una aspiración de justicia para un pueblo perseguido y una empresa de asentamiento colonial en un territorio habitado". ¿Es posible sostener las dos afirmaciones al mismo tiempo? ¿Qué consecuencias tiene aceptar esa complejidad?
5. El capítulo sobre el "triple embuste" diplomático de la Primera Guerra Mundial (Hussein-McMahon, Sykes-Picot, Balfour) muestra a Gran Bretaña prometiendo el mismo territorio a dos pueblos diferentes al mismo tiempo. ¿Quién es responsable de las consecuencias? ¿Tiene sentido hablar de responsabilidad histórica colectiva?
6. La conversación entre Ester y Karim en el patio después de la sesión más difícil es el corazón emocional de la novela. ¿Qué hace posible ese diálogo? ¿Qué tendría que cambiar para que ese tipo de conversación ocurriera a escala política?
7. La sesión extraordinaria sobre la guerra de 2026 cierra la novela con un conflicto sin resolver. ¿Cambia la lectura saber que los eventos descritos en esa sesión son reales y están ocurriendo mientras se escribe este libro?
8. El profesor dice que la historia del conflicto "no tiene un punto de inicio limpio donde puedas señalar y decir: estos son los dueños originales y todos los demás son intrusos". ¿Cómo afecta esa afirmación a cualquier posible solución?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

Rangel Abud, Salvador. *Medio Oriente para todos. La clase del profesor Zahira*. Ciudad de México: Internet Archive, 2026. Licencia CC BY-NC-ND 4.0. Disponible en: https://archive.org. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

MENSAJE FINAL

Hay un conflicto en el mundo que aparece en las noticias con una regularidad casi cruel y que al mismo tiempo deja a la mayoría de la gente con una sensación honesta e incómoda: *no entiendo del todo qué está pasando, ni por qué lleva tanto tiempo pasando.* Esta novela existe para esa persona.

No toma partido. No va a decirte a quién apoyar. Lo que sí va a hacer es darte el mapa completo —desde los sumerios hasta los misiles de 2026— para que puedas orientarte en el territorio. Porque el primer paso para no ser manipulado por ningún bando es entender la historia que cada bando instrumentaliza.

El profesor Zahira enseña historia porque cree que la comprensión es el único antídoto real contra el odio heredado. Esta novela fue escrita con la misma convicción.

Que sirva.

— Salvador Rangel Abud

Xalapa, Veracruz, marzo de 2026

ÍNDICE

- **Prólogo**
- **Primera sesión:** El día que Sofía preguntó lo que todos pensaban
- **Segunda sesión:** Los imperios que todo lo cambiaron
- **Tercera sesión:** El Islam y la fractura que dura mil cuatrocientos años
- **Cuarta sesión:** Los cruzados: cuando Europa llegó con espada y mala memoria
- **Intermedio:** Lo que pasaba fuera del salón
- **Quinta sesión:** Los otomanos, o cuatrocientos años de orden imperfecto pero real
- **Sexta sesión:** El gran embuste: tres promesas, un solo territorio
- **Pausa entre sesiones:** La pregunta que Sofía no hizo en clase
- **Séptima sesión:** 1948: El año con dos nombres
- **Octava sesión:** Las guerras que no terminan
- **Entre sesiones:** Lo que no cabe en el horario: el agua, la demografía y la caja de Pandora
- **Novena sesión:** La esperanza y su fractura
- **Décima sesión:** Hamas, Gaza y la trampa sin salida
- Después de la sesión más difícil: Una conversación en el patio
- Última sesión: Lo que el profesor Zahira no había dicho
- Epílogo: Lo que quedó después

- Sesión extraordinaria: La guerra que no esperábamos — o que sí debimos esperar

MEDIO ORIENTE PARA TODOS

LA CLASE DEL PROFESOR ZAHIRA

Una novela breve sobre la historia más larga del mundo

Para todos los que alguna vez cambiaron
de canal cuando apareció Medio Oriente en las
noticias y se sintieron un poco culpables después.

Dr. Salvador Rangel Abud

Prólogo

Hay un conflicto en el mundo que aparece en las noticias con una regularidad casi cruel, que genera opiniones encendidas en los comedores y en las redes sociales, y que al mismo tiempo deja a la mayoría de la gente con una sensación honesta e incómoda…pensando "*no entiendo del todo qué está pasando, ni por qué lleva tanto tiempo pasando, ni de qué lado debo estar*"

Este libro existe para esa persona.

No es un libro de política.

No toma partido.

No va a decirte qué pensar ni a quién apoyar.

Lo que sí va a hacer es llevarte, de la mano de un profesor ficticio y cinco alumnos también ficticios, por los cinco mil años de historia que explican

cómo una franja de tierra del tamaño de El Salvador se convirtió en el lugar más disputado, más sagrado y más sangrante del planeta.

El profesor se llama Benjamín Zahira. Es hijo de padre israelí y madre palestina. Lleva veintitrés años enseñando historia en un colegio de la Ciudad de México donde coinciden, por esas casualidades que la vida a veces construye con intención, una alumna judía, un alumno de origen libanés, otro de familia iraní, uno más descendiente de otomanos, y una chica mexicana sin ninguna conexión directa con la región que un día llegó a clase con la pregunta que todos tenemos pero pocos formulamos en voz alta: *¿quién tiene razón?*

Lo que el profesor Zahira le responde a ella, y a todos ellos, es lo que encontrarás en estas páginas.

La historia es larga. Pero vale la pena conocerla.

Primera sesión

El día que Valentina preguntó lo que todos pensaban

El salón 14-B del Colegio Mediterráneo era, por algún capricho del arquitecto que diseñó el edificio en los años noventa, el único del piso que tenía ventanas en dos paredes. Esto significaba que en las mañanas de octubre la luz entraba desde el este y desde el sur al mismo tiempo, creando en el piso un rectángulo de claridad que se desplazaba lentamente durante la hora de clase, como un reloj de sol muy lento. El profesor Zahira, que llevaba suficientes años en ese salón para haber observado el fenómeno cientos de veces, nunca había dejado de encontrarlo hermoso.

Era lunes. Afuera, la Ciudad de México hacía lo que hace en octubre: amenazar lluvia sin del todo cumplir. Las jacarandas del patio todavía no florecían —eso sería en febrero— pero los árboles ya tenían esa actitud de espera tensa que precede a los cambios de estación.

El profesor Zahira entró al salón con una taza de café en la mano derecha y una carpeta desgastada bajo el brazo izquierdo. Cuarenta y dos años cargando carpetas habían arqueado ligeramente su hombro izquierdo, lo que le daba, según Valentina, "el aspecto de alguien que siempre está a punto de contarte un secreto importante". No era una mala descripción.

Los cinco alumnos estaban sentados en el semicírculo que el profesor exigía en lugar de las filas convencionales. "Las filas son para los cines y los velatorios", solía decir. "En mi clase, todos se ven la cara."

Esa mañana, antes de que el profesor pudiera siquiera abrir su carpeta, Valentina levantó la mano.

—Profesor, ¿puedo hacer una pregunta antes de empezar?

Zahira la miró con una expresión que sus alumnos conocían bien: cejas ligeramente levantadas, comisuras de los labios en posición neutral, ojos que decían *adelante, pero seré honesto contigo*.

—Las preguntas antes de empezar son las mejores —dijo—. Son las que la gente trae desde casa.

Valentina bajó la mano.

—Ayer vi las noticias con mis papás. Medio Oriente otra vez. Mi papá dijo que Israel tiene razón. Mi mamá dijo que los palestinos son los que sufren. Los dos cambiaron de canal al mismo tiempo cuando llegaron los comerciales y nunca terminaron de hablar. Y yo me quedé pensando: ¿quién tiene razón? ¿Cuál es la versión correcta?

El salón se quedó quieto de una manera particular. No era el silencio del aburrimiento ni el de la incomodidad: era el silencio de cinco personas que acababan de reconocer que esa era también su pregunta, aunque ninguna la hubiera formulado con esa claridad.

El profesor Zahira dejó su taza sobre el escritorio. Se sentó en el borde, no en la silla —nunca en la silla durante las discusiones importantes— y cruzó los brazos.

—Valentina, —dijo— esa es exactamente la pregunta equivocada.

Ella abrió los ojos.

—¿Equivocada?

—Equivocada. Y no porque seas tú quien la hace —cualquier persona razonable la haría—, sino porque la pregunta "¿quién tiene razón?" asume que hay una sola razón, un solo relato correcto, y que todo lo demás es mentira o propaganda. En una historia de cinco mil años, esa pregunta no tiene respuesta. O mejor dicho: tiene demasiadas respuestas, y todas son parcialmente verdaderas.

—Entonces, ¿cuál es la pregunta correcta? —preguntó Darius, desde su rincón habitual junto a la ventana del sur.

—Varias —dijo Zahira—. Pero la más importante es esta: ¿cómo llegamos aquí? No desde ayer. No desde 1948. Desde el principio. Desde cuando no había ni israelíes ni palestinos ni árabes ni persas tal como los entendemos hoy. Desde cuando esa tierra era simplemente el lugar más importante del mundo, y todos querían estar en ella.

—¿El más importante del mundo? —dijo Omar, que siempre reaccionaba con un escepticismo ligeramente performativo que en realidad escondía una curiosidad genuina—. ¿No es un poco exagerado?

—No. —El profesor tomó su taza, bebió un sorbo, la dejó—. ¿Saben qué inventaron en Mesopotamia?

—La escritura —dijo Ester, sin dudar.

—La escritura. ¿Qué más?

—Las leyes —dijo Karim—. El Código de Hammurabi.

—Las leyes. ¿Qué más?

Silencio.

—La rueda —dijo Valentina, con un tono de "a ver si es tan obvio".

—La rueda. ¿Qué más?

Más silencio.

—La cerveza —dijo el profesor.

Karim soltó una carcajada. Darius sonrió. Incluso Ester, que raramente sonreía en las primeras horas de un lunes, torció la comisura.

—La receta de cerveza más antigua del mundo —continuó Zahira— fue encontrada en Mesopotamia. Es un poema sumerio dedicado a Ninkasi, la diosa de la cerveza, que incluye instrucciones detalladas para fermentar grano. Tiene cuatro mil años. Así que cada vez que alguien abra una cerveza este fin de semana, puede agradecer a los sumerios.

—¿Y eso qué tiene que ver con el conflicto? —preguntó Karim, con la impaciencia afectuosa que caracterizaba su manera de participar.

—Tiene que ver con esto —dijo el profesor, poniéndose de pie y caminando hacia el pizarrón—: para entender por qué un lugar es tan disputado, primero tienes que entender por qué es tan valioso. Y Medio Oriente era valioso antes de que nadie peleara por él, antes de que hubiera religiones, antes de que hubiera naciones. Era valioso porque era fértil, porque tenía agua, porque todas las rutas del mundo antiguo pasaban por ahí. El conflicto moderno tiene raíces muy antiguas. Si empezamos desde el principio, el resto tiene sentido. Si empezamos desde 1948, todo parece un accidente o una conspiración.

Dibujó en el pizarrón un arco toscamente curvo, como una media luna acostada.

—El Creciente Fértil —dijo—. Los ríos Tigris y Éufrates aquí, al este. Canaán aquí, al oeste, sobre el Mediterráneo. Y en medio, el cruce de caminos más transitado del mundo antiguo. —Señaló el centro—. Aquí es donde empieza todo.

Omar miraba el dibujo con los brazos cruzados y una expresión que era difícil de descifrar.

—Profesor —dijo finalmente—, mi familia es de ahí. De la zona otomana, quiero decir. ¿Cuándo llegan los turcos en esta historia?

—Paciencia, Omar. Los turcos llegan tarde en la historia, pero llegan a lo grande. Te lo prometo.

—¿Y los persas? —preguntó Darius.

—Los persas llegaron antes que los turcos. Y cuando llegaron, hicieron algo que nadie esperaba: fueron amables. —Zahira levantó un dedo—. En serio. El primer acto de lo que hoy llamaríamos política de derechos humanos en la historia documentada lo hizo un rey persa. Pero eso es el capítulo dos. Hoy, si les parece, empezamos con el capítulo uno: por qué este pedazo de tierra se volvió el centro del mundo.

—¿Y cuándo llegamos al conflicto de verdad? —preguntó Valentina—. Al que está en las noticias.

El profesor Zahira se giró hacia ella con una expresión que era mitad paciencia y mitad algo que se parecía mucho al afecto.

—Valentina, el conflicto de verdad comenzó hace cinco mil años. Lo que está en las noticias es el capítulo más reciente de una historia que llevan contando cincuenta siglos. Si quieren entender el capítulo de hoy, necesitan leer el libro desde el principio.

Valentina consideró esto un momento.

—Está bien —dijo—. Cuéntenos el libro.

Segunda sesión

Los imperios que todo lo cambiaron

Tres días después, el martes llegó con lluvia. El rectángulo de luz en el piso del salón 14-B no apareció esa mañana. En su lugar había una luz gris y pareja que hacía que el salón se sintiera más cerrado, más íntimo, como si las paredes se hubieran acercado ligeramente durante la noche.

El profesor Zahira llegó sin café. Eso era inusual, y sus alumnos lo notaron.

—¿Está bien, profesor? —preguntó Valentina.

—Vi las noticias anoche —dijo él, dejando la carpeta sobre el escritorio—. A veces, cuando llevas veinte años enseñando esta historia, las noticias te afectan de maneras que no terminan de racionalizarse.

Hubo un silencio diferente al del lunes. Más pesado.

—¿Qué pasó? —preguntó Karim.

—Nada que no haya pasado antes. —El profesor se sentó en el borde del escritorio, su posición habitual—. Y eso es precisamente lo más triste.

Darius tenía un libro abierto sobre las rodillas. No era el libro de texto del curso; era algo más grueso, con el lomo gastado.

—Profesor —dijo—, el lunes usted dijo que los persas hicieron algo que nadie esperaba cuando llegaron. ¿Podemos empezar con eso?

Zahira lo miró con algo que se parecía al alivio.

—¿Sabes por qué me gusta esa pregunta, Darius?

—¿Por qué?

—Porque la hacen los persas. —Sonrió apenas—. Bien. Los persas. Vamos con el desfile de los imperios.

Se levantó y fue al pizarrón. Arriba, todavía visible del lunes, estaba el dibujo del Creciente Fértil.

—Cuando decimos que Medio Oriente fue conquistado muchas veces, no es una exageración dramática. Es un hecho geográfico. Un lugar por el que pasan todas las rutas del mundo va a ser disputado por todos los ejércitos del mundo. Es inevitable. Lo que cambia de un conquistador a otro es cómo tratan a los pueblos que encuentran.

Escribió en el pizarrón, en una columna vertical:

Asirios — Babilonios — Persas — Griegos — Romanos

—Empecemos con los que lo hicieron peor, para apreciar mejor a los que lo hicieron menos mal.

—¿Los asirios? —dijo Omar.

—Los asirios. —El profesor trazó una línea bajo ese nombre—. Los asirios del siglo IX al VII antes de Cristo fueron, en términos modernos, los primeros en usar el terror sistemático como herramienta de gobierno. Cuando conquistaban un territorio, no solo lo ocupaban: deportaban a toda su población. Los sacaban de sus tierras, los mandaban al otro extremo del imperio, y traían gente de otros lugares a vivir donde ellos habían vivido.

—¿Por qué? —preguntó Valentina.

—Porque una población sin raíces, sin memoria colectiva, sin sentido de "este es mi lugar" es mucho más fácil de controlar. Si no sabes de dónde eres, es más difícil rebelarte. En el año 722 antes de Cristo, los asirios conquistaron el reino de Israel —el del norte, el de las diez tribus— y deportaron a decenas de miles de israelitas. Esas personas desaparecieron de la historia. Las llamamos "las diez tribus perdidas". Hasta hoy hay gente que busca dónde terminaron.

Ester, que había estado escuchando con una expresión difícil de leer, levantó la vista.

—Mi abuela tiene teorías sobre eso —dijo.

—¿Qué clase de teorías?

—Dice que los bene Israel de la India son descendientes de una de esas tribus. Que los Lemba de Zimbabue son otra. Que los *anusim* de España fueron una tercera. —Hizo una pausa—. Nunca sé si creerle o no.

—Hay investigación genética que apoya algunas de esas teorías —dijo el profesor—, y otras que no las confirma. Pero lo interesante no es si tu abuela tiene razón sobre cada caso específico. Lo interesante es que, dos mil setecientos años después, tu abuela sigue pensando en eso. Sigue rastreando a esa gente. Eso dice algo sobre la profundidad de esa memoria.

Ester asintió lentamente, como quien acepta un argumento que ya sabía pero que necesitaba escuchar en voz alta.

—Después de los asirios —continuó Zahira—, vinieron los babilonios. Nabucodonosor. Año 586 antes de Cristo. Conquistan el reino de Judá, el del sur, y hacen algo que para el pueblo judío fue un trauma del que nunca se recuperó del todo: destruyen el Templo de Salomón.

—¿Por qué el Templo era tan importante? —preguntó Omar—. Quiero decir, era un edificio.

—Era el edificio donde vivía Dios —dijo Ester, sin ironía—. Para los judíos de esa época, no metafóricamente. El Templo era el lugar donde la presencia divina habitaba en la tierra. No era un símbolo. Era la casa de Dios,

literalmente. Destruirlo era lo mismo que decir: tu Dios ya no existe, tu nación ya no existe, tú ya no eres nadie.

Omar la miró con una expresión de respeto involuntario.

—Y los mandan a Babilonia —continuó el profesor—. El Exilio Babilónico. Y aquí pasa algo extraordinario: en lugar de desaparecer como las diez tribus del norte, los judíos en Babilonia hacen algo que va a garantizar su supervivencia durante los siguientes dos milenios y medio. Escriben.

—¿Escriben? —dijo Karim.

—Escriben. Compilan y codifican sus textos sagrados. La Torah, los Profetas, los Salmos. Convierten su fe y su memoria en texto. Y cuando tienes tu identidad guardada en un libro que puedes llevar contigo a cualquier parte, ya no necesitas un territorio para seguir siendo quien eres. El libro se convierte en la patria portátil.

Darius levantó la mano.

—¿Y los persas?

—Los persas. —El profesor sonrió—. Tu favorito.

—No es que sea mi favorito —dijo Darius, con cierta incomodidad—. Es que nadie habla nunca bien de los persas y quiero saber si hay algo que valga la pena.

—Hay bastante que vale la pena. En el año 539 antes de Cristo, Ciro el Grande conquista Babilonia. Y lo primero que hace —lo primero, en los primeros días de su gobierno— es liberar a todos los pueblos que los babilonios tenían deportados. Los judíos entre ellos. Les dice: regresen a su tierra, reconstruyan su Templo, practiquen su religión. Esto está documentado en el Cilindro de Ciro, que está en el Museo Británico y que algunos historiadores llaman el primer documento de derechos humanos de la historia.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Valentina—. ¿Bondad pura?

—Nunca hay bondad pura en la política. —El profesor levantó un dedo—. Ciro era inteligente. Entendía que un imperio que oprime a sus pueblos gasta enormes recursos en mantenerlos controlados. Un imperio que deja a sus pueblos en paz y cobrar impuestos es mucho más eficiente. Era pragmatismo ilustrado, que a veces produce los mismos resultados que la bondad pura.

—De todas formas —dijo Darius—, lo hizo. Mientras que los asirios deportaban y los babilonios destruían templos.

—De todas formas lo hizo —concedió el profesor—. Y los judíos no lo olvidaron. En el texto bíblico, Ciro aparece descrito con un término que se reserva para figuras extraordinarias: *meshiaj*, ungido. Mesías. Un rey pagano, persa, que nunca fue judío y probablemente no creyó en el Dios de Israel, es llamado mesías por los textos sagrados judíos. Eso debería decirte algo sobre la profundidad de la gratitud.

Karim, que había estado escuchando con los brazos cruzados, intervino:

—¿Y los griegos? Porque en el Líbano todavía hay ruinas griegas. Baalbek tiene templos romanos encima de estructuras anteriores. Es como si hubiera capas.

—Exactamente como capas. —El profesor regresó al pizarrón y subrayó *Griegos*—. Alejandro Magno llega en el siglo IV antes de Cristo y conquista todo: Persia, Egipto, llega hasta India. Pero más importante que sus ejércitos es lo que trae consigo: la cultura griega. El helenismo, Filosofía, teatro, arquitectura, medicina racional. Las ciudades que funda —Alejandría en Egipto, Antioquía en Siria— se convierten en los centros intelectuales del mundo antiguo. Libros, ideas, debates. Mezcla de culturas.

—Eso suena bien —dijo Valentina.

—Lo era, hasta que algunos sucesores de Alejandro se pusieron impacientes. Un señor llamado Antíoco IV decidió que la helenización debía ser forzada. Prohibió la práctica del judaísmo. Prohibió el sábado, la circuncisión, el estudio de la Torah. Y puso una estatua de Zeus en el Templo de Jerusalén.

Ester se tensó ligeramente. Era perceptible solo si la mirabas.

—La respuesta fue la Revuelta de los Macabeos —continuó Zahira—. Un sacerdote judío llamado Matatías y sus hijos —los Macabeos— organizaron una guerrilla en las montañas de Judea. Duraron años peleando. Y ganaron. Recuperaron Jerusalén, purificaron el Templo, encendieron la menorá. Esa victoria se celebra hasta hoy.

—Hanuká —dijo Ester.

—Hanuká. —El profesor la miró—. Cada vez que enciendes las velas de Hanuká, estás celebrando que un pueblo se resistió a que le borraran la identidad. Eso ocurrió en el siglo II antes de Cristo. La misma estructura —potencia exterior que quiere borrar una identidad, pueblo que resiste— se va a repetir en esta historia más veces de las que podemos contar.

—¿También con los romanos? —preguntó Omar.

—Especialmente con los romanos. —Zahira trazó una línea bajo *Romanos* con más energía que bajo los otros nombres—. Los romanos son los que crean el problema que todavía no está resuelto.

Se hizo silencio.

—¿Qué problema? —dijo Karim.

—La diáspora. —El profesor se giró hacia ellos—. En el año 70 después de Cristo, Roma destruye el Segundo Templo. El que habían reconstruido después del exilio babilónico. El que era el centro de la vida judía. Destruido por las legiones de Tito. Los judíos lo lloran hasta hoy en el ayuno del 9 de Av. Y luego, después de una segunda rebelión en el año 132, el emperador Adriano hace algo especialmente cruel: cambia el nombre de la provincia. La llama Syria Palestina. Un nombre derivado de los filisteos, los enemigos históricos de Israel. Elegido como insulto. Y prohíbe a los judíos entrar a Jerusalén.

—Palestina viene de los filisteos —dijo Valentina lentamente, como procesando la información—. No de los palestinos árabes actuales.

—El nombre tiene esa raíz —dijo el profesor—. Y esto importa porque en los debates modernos la gente usa el nombre como si fuera una prueba de propiedad ancestral. Pero los nombres de los lugares cambian, son impuestos por conquistadores, son redesignados por imperios. El nombre "Palestina" lo pusieron los romanos como insulto a los judíos. Dos mil años después, es la identidad de otro pueblo. La historia no es limpia.

—¿Y los que se quedaron? —preguntó Ester—. Los judíos que no fueron expulsados.

—Muchos se quedaron. Con el tiempo se mezclaron con otras poblaciones, adoptaron el arameo, luego el árabe. Algunos se convirtieron al cristianismo, más tarde al islam. Los palestinos árabes de hoy son, entre muchas otras cosas, descendientes de esas personas que no se fueron. La historia de esa tierra no tiene un punto de inicio limpio donde puedas señalar y decir: estos son los dueños originales y todos los demás son intrusos.

La frase cayó en el salón como una piedra en agua quieta. Los cinco alumnos la dejaron asentarse.

—Eso es importante, ¿verdad? —dijo Valentina finalmente—. Lo de que no hay dueños originales limpios.

—Es quizás lo más importante que vamos a decir en todo el semestre —respondió el profesor—. Y también lo más difícil de aceptar para quien tiene fuertes convicciones sobre quién tiene razón.

Tercera sesión

El Islam y la fractura que dura mil cuatrocientos años

La semana siguiente llegó con sol y con una noticia: el director del colegio había pedido al profesor Zahira que, dado el tema del curso, tuviera "especial sensibilidad" al abordar los conflictos religiosos. Zahira le había respondido, según le contó a sus alumnos al inicio de la clase con una serenidad que era en sí misma una forma de humor, que llevaba veintitrés años siendo especialmente sensible con los conflictos religiosos, y que si el director quería asesorarlo sobre cómo hacerlo mejor, estaría encantado de escucharlo.

El director no había respondido.

—¿Se metió en problemas? —preguntó Omar.

—Nunca me meto en problemas por decir la verdad con educación —dijo el profesor—. Me meto en problemas cuando la gente asume que la verdad tiene que favorecer a alguien. La verdad histórica no favorece a nadie. Esa es, precisamente, su virtud.

Esa mañana, antes de que Zahira pudiera orientar la conversación, fue Karim quien tomó la iniciativa.

—Profesor, la semana pasada terminamos con los romanos y la diáspora. Pero faltó lo más importante para entender el Medio Oriente actual. El Islam.

—Faltó el Islam —concordó Zahira—. ¿Por qué crees tú que faltó?

—Porque es lo que explica todo lo que viene después. Los árabes, los califatos, Jerusalén como ciudad islámica. Sin el Islam, el conflicto moderno no existe de la misma manera.

—Correcto. —El profesor se levantó—. Y también sin el Islam, la humanidad sería más pobre en ideas, en arte, en ciencia y en filosofía. Quiero que eso quede claro antes de empezar: vamos a hablar del Islam como fuerza histórica, política y civilizatoria. No como algo bueno ni como algo malo. Como algo real, complejo y extraordinariamente importante.

Darius levantó una mano.

—¿Podemos hablar también de los persas y el Islam? Porque Irán es chiíta y eso no es accidental.

—Vamos a llegar a eso —prometió Zahira—. Primero el origen. Mahoma nace en La Meca, en la península arábiga, en el año 570 después de Cristo. Huérfano desde pequeño, criado por su tío, comerciante. A los cuarenta años, según la tradición islámica, recibe las primeras revelaciones en una cueva cerca de La Meca. El ángel Gabriel. El inicio del Corán.

—¿Qué significa Corán? —preguntó Valentina.

—Recitación. El Corán es literalmente "lo que se recita". La tradición dice que Mahoma era iletrado —que no sabía leer ni escribir— y que las revelaciones llegaron a él para ser memorizadas y recitadas. Sus seguidores las escribieron después de su muerte.

—¿Y qué decía? —preguntó Omar—. ¿Qué era lo nuevo?

—Varias cosas. La más radical era esta: hay un solo Dios, el mismo que el de los judíos y los cristianos, y Mahoma es su profeta final. No el primero —Mahoma reconoce a Abraham, a Moisés, a Jesús como profetas anteriores— sino el último. El sello de los profetas. Esta idea de continuidad con las religiones anteriores, combinada con la afirmación de ser la versión final y definitiva, es una de las razones por las que las relaciones entre el Islam y las otras dos religiones abrahámicas han sido siempre complejas.

—¿Compleja cómo? —dijo Ester, con un tono que era neutro pero que todos en el salón sabían que no era neutral.

—Compleja porque si eres judío o cristiano y alguien te dice "tu religión es válida pero incompleta, y yo tengo la versión completa", eso no es necesariamente ofensivo, pero tampoco es fácil de aceptar. —El profesor la miró—. Y viceversa, Ester: desde el punto de vista islámico, que los judíos y los cristianos no reconozcan a Mahoma como profeta es también difícil de comprender. Todas las religiones abrahámicas tienen el problema de que cada una afirma ser la correcta. La diferencia está en cómo manejan esa afirmación en relación con las demás.

Ester asintió. No era una concesión plena, pero era un reconocimiento.

—Lo que hizo Mahoma —continuó Zahira— además de predicar una fe, fue crear una comunidad política. El Islam, desde su nacimiento, no fue solo una religión: fue un sistema completo de organización social. Ley, gobierno, economía, ética, todo integrado. Esto explica por qué la separación entre lo religioso y lo político que en México o en Occidente damos por sentada es, en el mundo islámico, una idea mucho más controvertida. No es que los musulmanes sean atrasados o incapaces de entender la laicidad. Es que su tradición fundacional dice que Dios legisla sobre todo, no solo sobre las almas.

—Y cuando Mahoma muere —dijo Karim—, empieza el problema.

—Cuando Mahoma muere —en el año 632— no deja instrucciones claras sobre quién lo sucede. Y aquí nace la división que va a marcar Medio Oriente hasta hoy. —Zahira se volvió al pizarrón y escribió dos palabras:

SUNITAS — CHIÍTAS

—Un grupo dice: el liderazgo debe recaer en el mejor de la comunidad, elegido por consenso. Son los sunitas. Otro grupo dice: el liderazgo debe seguir a la familia del profeta, específicamente a su yerno Alí. Son los chiítas. ¿Quién tiene razón?

—No lo sé —dijo Valentina.

—Nadie lo sabe con certeza. Es una disputa de hace mil cuatrocientos años sobre legitimidad política y religiosa que nunca se resolvió. Y la herida se hizo más profunda cuando Alí fue asesinado en el año 661, y luego su hijo Husein fue masacrado junto con su pequeño ejército en la batalla de Karbala, en lo que hoy es Irak, en el año 680.

—Karbala —dijo Darius en voz baja—. Mi abuela todavía llora cuando se habla de Karbala.

—¿Tu familia es chiíta? —preguntó el profesor.

—Eran chiítas. Mis bisabuelos eran zoroastrianos, mis abuelos se convirtieron al chiismo antes de la revolución, y después de llegar a México se volvieron básicamente agnósticos. Pero el duelo de Karbala sobrevivió a todo eso.

—Las memorias de duelo son extraordinariamente resistentes —dijo Zahira—. La masacre de Karbala es para los chiítas un evento fundacional de un dolor y una significación que se compara con la crucifixión para los cristianos. No es metáfora: es la pérdida del imam justo, el sacrificio del inocente, la injusticia del mundo. Y ese duelo, esa identidad construida alrededor del martirio, explica cosas concretas de la política actual. Irán es chiíta. El 60 por ciento de Irak es chiíta. El sur del Líbano, donde tiene su base Hezbollah, es chiíta. Esta división de catorce siglos dibuja mapas que aún son vigentes.

—¿Y cuándo llegan los árabes a Palestina? —preguntó Ester, retomando el hilo.

—En el año 636, el califa Omar ibn al-Jattab envía sus ejércitos hacia el norte. En dos años conquistan Palestina y entran a Jerusalén. Y aquí —señaló con el

marcador— pasa algo que vale la pena subrayar. Omar entra a la ciudad. Los habitantes, judíos y cristianos, esperan lo peor. Recuerdan lo que los cruzados harán cuatro siglos después. Y Omar hace algo inesperado.

—¿Qué hace? —preguntó Omar, el alumno.

—Negocia. Escribe lo que se conoce como el Pacto de Omar: garantías de seguridad para la vida, las propiedades y los lugares de culto de los habitantes no musulmanes. A cambio de sometimiento político y el pago de un impuesto especial, los judíos y los cristianos son protegidos. El término es dhimmi: protegido.

—¿No suena muy bien lo de pagar un impuesto especial por ser de otra religión —dijo Valentina.

—No era la igualdad perfecta —reconoció el profesor—. Los *dhimmis* tenían restricciones. No podían construir nuevos templos sin permiso. Había límites sobre lo que podían hacer en público. Su testimonio legal valía menos que el de un musulmán. Era una tolerancia jerárquica. Pero era tolerancia. Y los judíos, que llevaban cinco siglos con prohibición absoluta de entrar a Jerusalén bajo Roma y luego bajo los emperadores bizantinos cristianos, pudieron regresar a vivir en la ciudad. Para ellos, el califato islámico era mejor que lo que tenían antes.

—¿Mejor? —dijo Ester, con genuina sorpresa.

—Mejor. Eso no significa que el sistema fuera justo. Significa que la historia no es un cuento con buenos y malos fijos. Los mismos árabes que más tarde serán el "enemigo" en el conflicto moderno fueron, durante siglos, los gobernantes bajo los cuales las comunidades judías de Medio Oriente vivieron con más tranquilidad que bajo ningún otro poder.

El salón procesó esto en silencio.

—Profesor —dijo Karim—, ¿eso no cambia la narrativa de que judíos y árabes siempre han sido enemigos?

—Cambia completamente esa narrativa. Judíos y árabes han sido vecinos, comerciantes, rivales, aliados, y sí, también enemigos. Pero el conflicto moderno no tiene catorce siglos de antigüedad. Tiene aproximadamente cien años. Y entender eso es fundamental para no caer en la trampa de pensar que el odio es inevitable o eterno.

Cuarta sesión

Los cruzados: cuando Europa llegó con espada y mala memoria

Karim llegó a clase el siguiente miércoles con el periódico doblado en el bolsillo trasero. No era el hábito de muchos chicos de diecisiete años, y sus compañeros lo habían comentado antes. Pero esa mañana había algo en su cara que iba más allá del hábito.

—¿Qué pasó? —preguntó Darius cuando Karim se sentó.

—Nada. Un artículo. —Puso el periódico sobre el escritorio—. Sobre un político israelí que dijo que los palestinos son "cruzados modernos al revés". No entendí bien qué quiso decir.

Cuando el profesor Zahira entró y Karim le repitió la cita, el hombre se quedó de pie en el centro del salón con una expresión de alguien que acaba de recibir, sin esperarlo, exactamente el pie que necesitaba para la clase del día.

—Qué bien que ese señor dijo eso —dijo—. Porque hoy vamos a hablar de las Cruzadas. Y al final van a entender por qué esa frase tiene mucha más carga histórica de lo que probablemente pretendía.

Las Cruzadas, explicó Zahira, comenzaron en 1095 cuando el Papa Urbano II convocó a los caballeros de Europa a "liberar" Jerusalén, que llevaba cuatro siglos bajo dominio musulmán. Decenas de miles de personas respondieron. Nobles, caballeros, campesinos, clérigos. Todos con la cruz roja cosida en el pecho.

—¿Por qué quisieron ir? —preguntó Valentina—. Era un viaje larguísimo, peligroso, sin garantías de nada.

—Motivaciones mezcladas, como casi todo en la historia. Religión genuina: recuperar la ciudad donde murió Cristo era una misión que para un cristiano medieval tenía un peso espiritual que es difícil para nosotros imaginar. Ambición: los hijos menores de las familias nobles europeas no heredaban tierras, y Tierra Santa prometía tierras nuevas. Aventura. Indulgencias —la Iglesia prometía el perdón de todos los pecados a quien muriera en cruzada. Era un paquete completo.

—¿Y llegaron a Jerusalén? —preguntó Omar.

—Llegaron. En 1099, después de tres años de marcha, sitio y batalla, los cruzados tomaron Jerusalén. Y lo que hicieron a continuación quedó grabado en la memoria de la región con una intensidad que no ha desaparecido en novecientos años.

Zahira hizo una pausa.

—La masacre.

—¿Qué tan grave fue? —preguntó Darius.

—Los cronistas medievales, que eran hombres que creían que lo que hacían era obra de Dios, describieron las calles corriendo con sangre. Mataron a casi todos los habitantes de la ciudad: musulmanes y judíos por igual. Sin distinción. El conde Raimundo de Aguilers escribió que los caballeros caminaban "hasta los tobillos" en sangre. Puede ser exageración literaria —los cronistas medievales tendían al dramatismo— pero lo que está documentado es que la matanza fue masiva e indiscriminada.

Nadie habló por un momento.

—¿Y por qué eso importa hoy? —preguntó finalmente Valentina.

—Importa porque esa memoria no se fue. Cuando en el siglo XX los líderes árabes comenzaron a llamar a los colonos judíos en Palestina "nuevos

cruzados", no estaban haciendo una analogía académica. Estaban activando una memoria de terror que sus culturas llevan transmitiendo de generación en generación. La palabra "cruzada" en árabe —*salibiyya*, de *salib*, cruz— tiene connotaciones que en español simplemente no existen.

—¿Y los cruzados ganaron a largo plazo? —preguntó Omar.

—No. Establecieron sus reinos en Palestina y Siria, los llamados Estados Cruzados, y los mantuvieron durante casi dos siglos con apoyo constante de Europa. Pero eran vulnerables, siempre dependientes de refuerzos externos. En 1187, un general kurdo llamado Saladino —Salah ad-Din— unificó a los musulmanes de Siria y Egipto y los derrotó en la batalla de Hattin. Retomó Jerusalén ese mismo año.

—¿También masacró a los habitantes? —preguntó Karim.

—No. —El profesor levantó un dedo—. Y eso es importante. Saladino permitió que los cruzados que podían pagar un rescate salieran con vida. Los que no podían pagar fueron vendidos como esclavos —no era perfecto— pero no hubo masacre. El contraste con lo que los cruzados habían hecho en 1099 fue notado por todos los cronistas de la época, árabes y europeos por igual.

—Entonces Saladino es el héroe de esa historia —dijo Karim.

—Saladino se convirtió en el arquetipo del héroe islámico que recupera la tierra sagrada del invasor. Este arquetipo —y esto es crucial— sigue siendo invocado en la retórica política de Medio Oriente hasta hoy. Cuando Nasser, el presidente egipcio de los años cincuenta, quería proyectarse como el gran líder árabe, se comparaba a Saladino. Cuando los movimientos islamistas quieren legitimar la "resistencia", invocan a Saladino.

—¿Y los cruzados terminaron cuando Saladino tomó Jerusalén? —preguntó Valentina.

—Siguieron por otro siglo más. La última posición cruzada, la ciudad de Acre, cayó en 1291. Después de eso, Europa no volvió a tener presencia militar en Tierra Santa... hasta el siglo XX.

—¿Cuándo vuelven en el siglo XX? —preguntó Ester.

—Con los Mandatos. Con Gran Bretaña y Francia. Pero eso es todavía varios capítulos adelante. Antes, tenemos que hablar de cuatrocientos años de paz relativa que casi nadie menciona.

—¿Cuatrocientos años de paz? —dijo Karim, escéptico—. ¿En Medio Oriente?

—Relativa —subrayó el profesor—. Relativa. Pero real. El Imperio Otomano.

Omar se incorporó ligeramente en su asiento.

—Mi familia.

—Tu familia —dijo Zahira, con una sonrisa—. Por fin llegamos a tu capítulo, Omar.

Intermedio

Lo que pasaba fuera del salón

Entre sesiones, la vida del Colegio Mediterráneo seguía su ritmo ordinario. Había exámenes de química y ensayos de literatura y partidos de futbol en el patio y cafetería con tortas de jamón y chilaquiles verdes los viernes. Los cinco alumnos del salón 14-B se encontraban en esos espacios con la conciencia nueva, levemente incómoda, de que sabían algo que la mayoría de sus compañeros no sabía, o que al menos lo sabían de una manera diferente.

Un martes al mediodía, Ester y Karim coincidieron en la fila de la cafetería. No era inusual —el colegio no era tan grande— pero sí era la primera vez que estaban solos sin el salón como contexto.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Karim, mirando el menú en la pared con una atención que claramente no era sobre el menú.

—Depende qué —dijo Ester.

—Cuando el profesor habló del sistema dhimmi. De que los judíos vivieron mejor bajo el califato islámico que bajo Roma o Bizancio. ¿Tú lo sabías?

Ester tomó su bandeja.

—Lo había escuchado. En contextos diferentes.

—¿En cuáles?

—En la sinagoga, cuando se habla de la historia del pueblo judío, se menciona la Edad de Oro de España bajo el Islam. Maimónides, los filósofos, la convivencia. Pero siempre con un "pero después" que lo matiza todo.

—¿Qué "pero después"?

—Pero después llegaron los almohades y lo destruyeron. Pero después llegó la Inquisición. Pero después pasó el siglo XX. Siempre hay un "pero después".

Karim asintió despacio.

—En mi familia también hay "pero después". Mi abuelo habla bien de los judíos del Líbano, los que vivían en el barrio judío de Beirut antes de la guerra. Dice que eran buenos vecinos, buenos comerciantes. Pero después del 48 casi todos se fueron. Y después del 67 se fueron los que quedaban.

Se sentaron en mesas separadas ese día, como siempre. Pero algo había cambiado ligeramente, como cuando dos piezas de rompecabezas que no encajan del todo se acercan lo suficiente para que puedas ver la imagen que formarían si encajaran.

Darius, por su parte, había tomado el hábito de quedarse después de clase los jueves —cuando el profesor Zahira tenía hora libre— y hacerle preguntas que no cabían en el horario regular. No eran preguntas sobre el material del curso. Eran preguntas sobre Irán.

—¿Por qué Irán apoya a Hamas si Irán es persa y chiíta y Hamas es árabe y sunita? —preguntó un jueves de octubre—. No tiene lógica religiosa.

—Pocas cosas en geopolítica tienen lógica religiosa pura —respondió el profesor—. Irán apoya a Hamas porque ambos comparten un enemigo: Israel.

Y porque Irán necesita proyectar influencia en el mundo árabe, que es mayoritariamente sunita y que históricamente desconfía de los persas chiítas. Financiar la "resistencia palestina" es la manera más efectiva que Irán ha encontrado de ser relevante en el mundo árabe a pesar de la división sectaria. Es realpolitik disfrazada de solidaridad religiosa.

—Entonces no es solidaridad de verdad.

—No sé si es completamente falsa o completamente verdadera. Probablemente hay elementos genuinos y elementos calculados, como en casi todo. Lo que sí es claro es que Irán usa el conflicto israelí-palestino para sus propios fines regionales, y que los palestinos de Gaza han pagado un precio muy alto por ser el instrumento de esa política.

Darius procesó esto.

—¿Y los iraníes normales? ¿Los que no son el gobierno?

—Complicado. Hay iraníes que apoyan genuinamente la causa palestina por solidaridad islámica. Hay iraníes que están hartos de que su gobierno gaste recursos en Gaza mientras la economía de Irán se derrumba. Hay iraníes que secretamente tienen más simpatía por Israel —un país tecnológicamente avanzado, democrático en ciertos aspectos— que lo que el régimen permitiría admitir en público. Irán es un país de 85 millones de personas con toda la diversidad de opiniones que eso implica, gobernado por un régimen que no representa a todos ellos.

Darius asintió.

—Mi abuela a veces dice que Irán murió en 1979. Que el país que ella conocía ya no existe.

—El Irán pre revolucionario y el post revolucionario son casi dos países diferentes en términos de cultura oficial, de relaciones internacionales, de proyecto de sociedad. Tu abuela no está equivocada en sentir que lo que ella amaba desapareció. Tampoco significa que el Irán de hoy sea uniformemente lo que el régimen quiere que parezca.

Darius se quedó callado un momento.

—Profesor, ¿usted cree que Irán y los países del Golfo algún día van a tener paz con Israel?

—Antes del 7 de octubre de 2023, yo habría dicho que era posible en el mediano plazo. Arabia Saudita estaba muy cerca de normalizar relaciones con Israel. Los Emiratos ya lo habían hecho. Bahréin también. Había una lógica de realpolitik: los países del Golfo y los israelíes comparten el miedo a Irán, comparten intereses tecnológicos y económicos, y las generaciones jóvenes de esos países tienen cada vez menos apego emocional a la causa palestina. El 7 de octubre congeló ese proceso. Cuánto tiempo va a durar ese congelamiento, no lo sé.

Quinta sesión

Los otomanos, o cuatrocientos años de orden imperfecto pero real

Omar Turk llegó esa semana con algo distinto: había abierto la caja.

No la había vaciado del todo, explicó al inicio de la clase, un poco incómodo con la atención que le prestaban sus compañeros. Pero había sacado algunos papeles. Documentos en turco que no podía leer. Una fotografía con personas en ropa que parecía del principio del siglo XX. Un nombre escrito en el reverso: *Mehmet Turk, Estambul, 1908*.

—Mi bisabuelo —dijo—. O creo que es mi bisabuelo. Nadie me lo había dicho nunca con claridad.

El profesor Zahira miró la fotografía que Omar había traído. Un hombre de mediana edad con bigote, saco oscuro, mirada directa a la cámara. El tipo de foto formal que se tomaba cuando querías dejar constancia de que existías.

—1908 —dijo Zahira—. Ese fue un año importante en el Imperio Otomano. La Revolución de los Jóvenes Turcos. Un grupo de oficiales militares modernizadores que tomaron el control del gobierno y trataron de reformar el imperio desde adentro. ¿Tu familia era parte de ese movimiento?

—No sé. Nadie sabe nada.

—A veces las familias no saben porque lo que pasó fue demasiado difícil para contarlo. —Devolvió la fotografía—. Hablaremos de 1908 y de lo que vino después. Pero primero, los cuatrocientos años anteriores.

El Imperio Otomano, explicó Zahira, conquistó Palestina, Siria y Egipto en 1517 y los gobernó hasta 1918. Cuatrocientos años. Más que toda la historia de México desde la Conquista.

—El mecanismo clave del sistema otomano —dijo el profesor— era algo llamado el *millet*. Cada comunidad religiosa —judíos, griegos ortodoxos, armenios, maronitas libaneses— tenía autonomía para administrar sus propios asuntos. Matrimonios, herencias, escuelas, tribunales internos: cada quien según sus propias leyes religiosas. El Imperio Otomano era, en esencia, un Estado multiétnico y multi confesional que funcionaba por separación comunitaria.

—Como México —dijo Valentina—. Bueno, un poco. Los indígenas tienen sus propios sistemas de justicia comunitaria en algunos estados.

—Es una analogía interesante —dijo el profesor—. No perfecta, pero interesante. La diferencia es que en el sistema otomano la separación era más formal y más explícita. Tú eras ciudadano del Imperio, pero eras tratado de manera diferente según tu fe. Los musulmanes arriba, los dhimmis —judíos y cristianos— debajo, pero protegidos.

—¿Y en Palestina cómo era? —preguntó Ester.

—En Palestina, durante el período otomano, había comunidades judías, cristianas y musulmanas viviendo en relativa coexistencia. No en igualdad perfecta —los musulmanes tenían ventajas legales y económicas—, pero en convivencia cotidiana real. Los judíos de Palestina en el siglo XVIII o en el XIX

no eran una minoría aterrorizada. Eran vecinos, a veces rivales, a veces socios comerciales, de sus vecinos árabes.

—Entonces, ¿cuándo empieza el problema? —preguntó Karim.

—El problema empieza cuando el Imperio Otomano empieza a desmoronarse —dijo Zahira—, y cuando dos ideas nuevas llegan al mismo tiempo al mismo territorio. El nacionalismo árabe y el sionismo. Los dos son hijos del siglo XIX. Los dos son, en cierta medida, importaciones de Europa. Y los dos quieren exactamente la misma tierra.

—¿Cuál llegó primero? —preguntó Darius.

—Llegaron casi simultáneamente. El nacionalismo árabe fue desarrollado principalmente por intelectuales árabes cristianos de Siria y Líbano —no musulmanes— que habían estudiado en universidades americanas y europeas y absorbido las ideas del nacionalismo europeo. La idea: todos los que hablan árabe son una nación, y esa nación merece un Estado propio, libre del dominio otomano.

El sionismo, explicó Zahira, nació en la misma época pero de un problema diferente: la persecución de los judíos en Europa del este. Los pogromos del Imperio Ruso. Las masacres. La exclusión legal. Theodor Herzl, un periodista austriaco que presenció el antisemitismo virulento del caso Dreyfus en Francia, llegó a una conclusión: el antisemitismo es incurable en Europa. La única solución es que los judíos tengan su propio Estado.

—¿Por qué Palestina? —preguntó Omar—. ¿Por qué no otro lugar?

—Se discutieron opciones —dijo el profesor—. Uganda fue considerada seriamente en 1903. Argentina también. Pero la mayoría de los sionistas insistió en Palestina por razones históricas y religiosas: era la tierra de la Biblia, la tierra de donde los romanos los habían expulsado, la tierra a la que cada año en Pésaj prometían regresar con las palabras "el año próximo en Jerusalén".

—¿Y la gente que ya vivía ahí? —preguntó Valentina.

—Esa es exactamente la pregunta que el movimiento sionista nunca resolvió satisfactoriamente. El lema que algunos usaban —"una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra"— era una exageración retórica que ignoraba la realidad. Había aproximadamente medio millón de personas viviendo en Palestina cuando comenzó la inmigración sionista a finales del siglo XIX. Los líderes sionistas lo sabían. El debate era qué hacer con esa realidad.

—¿Y qué respuesta daban? —preguntó Karim.

—Varias, y en tensión entre sí. Algunos decían que los árabes se integrarían voluntariamente al nuevo Estado judío y se beneficiarían del desarrollo económico. Otros decían que eventualmente los árabes emigrarían. Otros, los más honestos, admitían que había un conflicto real e inevitable entre dos aspiraciones nacionales sobre el mismo territorio. Pero en 1880 o en 1900, cuando el proyecto sionista estaba apenas comenzando, estas eran discusiones teóricas. La tragedia vendría cuando dejaron de serlo.

Sexta sesión

El gran embuste: tres promesas, un solo territorio

Fue Valentina quien trajo la pregunta esa semana.

—Profesor, leí sobre la Declaración Balfour. Dice que Gran Bretaña prometió Palestina a los judíos. Pero también leí que les prometieron un Estado árabe independiente a los árabes. ¿Ambas cosas son ciertas?

—Ambas cosas son ciertas —dijo Zahira, con la serenidad de quien ha esperado exactamente esta pregunta—. Y hay una tercera. Siéntense bien. Esto es lo que yo llamo "el triángulo de las traiciones".

Entre 1915 y 1917, durante la Primera Guerra Mundial, explicó el profesor, el gobierno británico realizó tres compromisos que se contradecían mutuamente. Tres promesas, tres receptores, un solo territorio.

Escribió en el pizarrón:

1. Hussein-McMahon (1915-1916) 2. Sykes-Picot (1916) 3. Declaración Balfour (1917)

—El contexto: el Imperio Otomano entró a la Primera Guerra Mundial del lado de Alemania. Gran Bretaña necesitaba debilitarlo desde adentro. Y para eso necesitaba aliados en Medio Oriente.

La primera promesa fue a los árabes. El diplomático británico Henry McMahon intercambió cartas con el Jerife Hussein de La Meca —el guardián de los lugares santos del Islam— prometiéndole que si los árabes se levantaban en armas contra los otomanos, Gran Bretaña apoyaría el establecimiento de un gran Estado árabe independiente.

—¿Y se levantaron? —preguntó Karim.

—Se levantaron. La Gran Revuelta Árabe de 1916. El famoso Lawrence de Arabia la coordinó del lado británico. Los árabes sabotearon ferrocarriles otomanos, tomaron ciudades, contribuyeron significativamente a la derrota del Imperio Otomano. Cumplieron su parte.

—¿Y Gran Bretaña cumplió la suya? —preguntó Valentina, aunque su tono sugería que ya sabía la respuesta.

—No. Mientras negociaban con Hussein, firmaron en secreto el acuerdo Sykes-Picot con Francia. —El profesor trazó el número 2 en el pizarrón—. Un diplomático británico llamado Mark Sykes y uno francés llamado François Georges-Picot se sentaron con un mapa y un lápiz y se dividieron Medio Oriente entre ellos. Francia se quedaría con Siria y Líbano. Gran Bretaña con Irak y Palestina.

—¿Y cómo se enteraron los árabes? —preguntó Karim.

—Por los bolcheviques. —El profesor sonrió ante la expresión de sus alumnos —. Cuando los revolucionarios de Lenin tomaron el poder en Rusia en 1917, publicaron todos los documentos secretos del zarismo, incluyendo el acuerdo

Sykes-Picot, que Rusia también había firmado. Los árabes que habían peleado bajo la promesa de independencia descubrieron que habían sido traicionados.

—¿Y la tercera promesa? —preguntó Ester.

—La tercera —dijo Zahira, tomando el marcador—. Noviembre de 1917. El canciller británico Arthur James Balfour le escribe una carta al barón Walter Rothschild, líder de la comunidad judía británica. Una carta de sesenta y siete palabras que cambió la historia.

Escribió en el pizarrón:

"El gobierno de Su Majestad ve con buenos ojos el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío... entendiéndose claramente que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina."

—Dos cosas en esta carta —dijo—. La primera: Gran Bretaña promete su apoyo al proyecto sionista. La segunda: incluye una cláusula de protección para los habitantes no judíos de Palestina. ¿Cuál de las dos cosas se cumplió?

Silencio.

—La primera —dijo Ester en voz baja.

—La primera —confirmó el profesor—. La segunda fue ignorada sistemáticamente en las décadas siguientes. Y eso también importa.

Karim tenía los brazos cruzados con una tensión que no era frecuente en él.

—Entonces Gran Bretaña prometió la misma tierra a dos pueblos diferentes. Al mismo tiempo. A sabiendas.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por estupidez o por maldad?

—Esa es siempre la pregunta, ¿verdad? —dijo el profesor—. Creo que la respuesta es: por egoísmo perfectamente ordinario. Gran Bretaña necesitaba ganar una guerra. Prometió lo que necesitaba prometer a quien necesitaba prometérselo, sin preocuparse demasiado por las consecuencias a largo plazo. El cortoplacismo del poder. No es estupidez ni maldad exactamente. Es algo quizás más mundano y más peligroso: indiferencia por el sufrimiento futuro de personas que no son tú.

—¿Y las fronteras? —preguntó Omar—. Las fronteras actuales de Irak, de Siria, de Jordania, ¿las pusieron ellos?

—Con regla y lápiz sobre mapas en oficinas de Londres y París. —Zahira asintió—. Las fronteras de casi todos los países de Medio Oriente moderno fueron trazadas por Sykes y Picot o por los tratados que siguieron a la Primera Guerra Mundial. Por personas que en la mayoría de los casos nunca habían pisado esas tierras, que no hablaban los idiomas de sus habitantes, y que en muchos casos separaron con líneas rectas comunidades que habían vivido juntas durante siglos, o unieron en un solo Estado a grupos que tenían profundas razones históricas para no ser gobernados juntos.

—Irak —dijo Darius—. Kurdos, sunitas, chiítas, todos en el mismo país porque a un diplomático británico le pareció conveniente.

—Exactamente.

—¿Y alguien les pidió disculpas alguna vez? —preguntó Valentina, con una franqueza que hizo sonreír al profesor.

—Tardaron cien años. En 2016, el gobierno británico publicó documentos reconociendo que la Declaración Balfour había sido un compromiso "ambiguo" con consecuencias que no se habían previsto suficientemente. No es exactamente una disculpa. Es lo más cercano que los gobiernos suelen llegar a las disculpas.

Pausa entre sesiones

La pregunta que Valentina no hizo en clase

Dos días después de la sesión sobre el sionismo y el Mandato Británico, Valentina Doménegui se quedó al terminar clase mientras los demás salían. El profesor Zahira recogía sus cosas sin prisa.

—Profesor —dijo ella—, ¿puedo preguntarle algo que no sé si es apropiado?

—Las preguntas inapropiadas son casi siempre las más interesantes.

Valentina vaciló.

—Usted dijo que el sionismo era simultáneamente una aspiración de justicia para un pueblo perseguido y una empresa de asentamiento colonial en un territorio habitado por otro pueblo. Que ambas cosas eran ciertas al mismo tiempo.

—Lo dije.

—¿Eso no lo hace imposible de juzgar moralmente? ¿Si algo puede ser las dos cosas a la vez, cómo decides si fue bueno o malo?

El profesor dejó la carpeta sobre el escritorio y se apoyó en él.

—Esa es una de las preguntas filosóficas más serias que alguien me ha hecho en este salón. —Hizo una pausa—. El problema viene de asumir que las cosas históricas deben ser juzgadas como "buenas" o "malas" en bloque. Como si el establecimiento del Estado de Israel fuera o completamente legítimo o completamente ilegítimo, sin posición intermedia.

—¿Y hay posición intermedia?

—Creo que sí. Es posible decir al mismo tiempo: el sufrimiento judío que hizo necesario el Estado de Israel fue real, y el mundo occidental, que podría haberlo evitado, eligió no hacerlo. Y también: el desplazamiento de los palestinos fue real, injusto, y sus consecuencias deben ser reconocidas y abordadas. El Estado de Israel existe y tiene derecho a existir. Y los palestinos tienen derechos que durante setenta y cinco años no han sido respetados. Estas afirmaciones no se cancelan mutuamente.

—¿Por qué es tan difícil decirlo en público sin que alguien se enoje?

—Porque en los conflictos largos e intensos, la gente necesita certeza moral. Necesita saber que su lado es el bueno y el otro el malo. La complejidad se siente como traición porque parece que estás quitándole legitimidad a su sufrimiento. Cuando le dices a alguien que su causa es legítima *y* que la causa del otro también tiene elementos legítimos, lo interpreta como "entonces mi sufrimiento no importa". Y eso no es lo que estás diciendo, pero es lo que escuchan.

—¿Cómo se arregla eso?

—No sé si se arregla. Creo que se trabaja. Con tiempo, con escucha real, con disposición a reconocer el dolor del otro sin que eso signifique rendirse. Mi madre y mi padre lo hicieron durante treinta y dos años. No fue fácil. Pero lo hicieron.

Valentina recogió su mochila.

—Gracias, profesor.

—¿Por qué?

—Por no darme una respuesta fácil.

Zahira sonrió.

—Si te hubiera dado una respuesta fácil, habrías sabido que era falsa.

Séptima sesión

1948: El año con dos nombres

Ester llegó esa semana con algo diferente en la cara. No era tristeza exactamente, ni enojo. Era algo más parecido a la preparación: la cara de alguien que sabe que se acerca un momento difícil y ha decidido estar presente para él de todas formas.

El profesor Zahira lo notó, como notaba casi todo lo que ocurría en su salón. No dijo nada. Comenzó la clase.

—El Mandato Británico de Palestina duró de 1920 a 1948. Veintiocho años de un gobierno que intentó, y fracasó, en balancear las aspiraciones de dos comunidades que cada año que pasaba se miraban con más desconfianza y más miedo. La inmigración judía creció constantemente, acelerada por la persecución en Europa. La población judía de Palestina pasó de 84,000 personas en 1922 a 630,000 en 1947.

—¿Y los árabes palestinos qué hacían? —preguntó Karim.

—Lo que cualquier comunidad hace cuando ve que su mundo está cambiando rápidamente y siente que nadie la escucha: resistir. En 1936 estalló la Gran Revuelta Árabe, que duró hasta 1939. Los británicos la aplastaron con varios miles de muertos del lado palestino y dejó a la comunidad árabe militarmente devastada.

—¿Y el Holocausto? —dijo Valentina suavemente—. ¿Cuándo entra en la historia?

El profesor hizo una pausa antes de hablar. Cuando lo hizo, su voz tenía un registro diferente al de los datos históricos.

—El Holocausto entra en la historia entre 1941 y 1945. El exterminio sistemático de seis millones de judíos europeos —un tercio de todos los judíos del mundo— por el régimen nazi. Seis millones de personas. Familias enteras. Comunidades con siglos de historia. Eliminadas.

Se detuvo.

—Cuando las tropas aliadas liberaron los campos de concentración en 1945, el mundo vio imágenes que no podía dejar de ver. Y para los sobrevivientes judíos, la conclusión era la que Herzl había dicho cincuenta años antes: en Europa no hay futuro seguro. El Estado judío ya no era la posición de una minoría ideológica. Era el consenso desesperado de un pueblo que acababa de perder a un tercio de sus miembros.

Ester no dijo nada. Miraba el escritorio.

—¿Tu familia perdió gente? —le preguntó Valentina, en voz baja.

Ester levantó los ojos.

—Mi abuela llegó de Polonia en 1947. Era la única de su familia que quedaba.

Nadie habló por un momento. Karim miraba el piso. Darius miraba la ventana. Omar tenía las manos juntas sobre el escritorio.

—Gracias por decirlo —dijo el profesor, igualmente en voz baja—. La historia se vuelve real cuando tiene nombre y cara.

Luego continuó, sin apresurar el momento pero sin dejarse llevar por él.

—En noviembre de 1947, la ONU aprobó el Plan de Partición: dividir Palestina en un Estado judío y un Estado árabe. Los judíos lo aceptaron. Los árabes lo rechazaron.

—¿Por qué lo rechazaron? —preguntó Darius.

—Su argumento era que la mayoría de la población de Palestina era árabe, que la mayor parte de la tierra había estado en manos árabes por generaciones, y que ningún organismo externo tenía el derecho de regalar parte de esa tierra a otro pueblo. Tenía lógica desde su perspectiva.

—¿Y el argumento judío? —preguntó Karim.

—Que un pueblo que acababa de ser exterminado en Europa necesitaba un refugio que ninguna nación estaba dispuesta a ofrecer. Que la conexión histórica y religiosa con esa tierra era real. Que el plan de la ONU era imperfecto pero era un reconocimiento internacional que no podían rechazar. También tenía lógica.

—Dos lógicas que no caben en el mismo espacio —dijo Valentina.

—Exactamente. El 14 de mayo de 1948, Ben-Gurión proclama el Estado de Israel. Al día siguiente, los ejércitos de Egipto, Transjordania, Siria, Irak y Líbano atacan.

Zahira fue al pizarrón y escribió:

ISRAEL: Guerra de Independencia PALESTINOS: La Catástrofe (La Nakba)

—El mismo evento. Dos nombres. Dos experiencias radicalmente distintas del mismo año.

—¿Qué pasó con los palestinos? —preguntó Karim.

—Aproximadamente 700,000 personas huyeron o fueron expulsadas de sus hogares. Más de 400 aldeas fueron destruidas o despobladas. Al terminar la guerra, Israel controlaba el 78% del territorio de la Palestina del Mandato. Cisjordania quedó bajo control jordano. Gaza bajo control egipcio. Ningún Estado palestino fue establecido.

—¿Huyeron o los expulsaron? —preguntó Ester. Era una pregunta directa, sin agresividad, pero sin suavizarla tampoco.

—Ambas cosas —respondió el profesor, igualmente directo—. En proporciones que varían según la aldea y el momento. Algunos huyeron por el miedo natural ante una guerra. Otros fueron expulsados deliberadamente. En algunos casos hubo masacres que causaron pánico y éxodo masivo. Los historiadores israelíes más honestos —incluyendo los llamados "nuevos historiadores" como Benny Morris— lo documentaron con base en archivos del propio Estado de Israel.

—¿Y regresaron? —preguntó Darius.

—No. Israel no permitió el regreso. Los que escaparon esperando volver cuando terminara la guerra se convirtieron en refugiados. Sus hijos. Sus nietos. Sus bisnietos. Hoy son aproximadamente cinco millones de personas registradas como refugiados palestinos ante la ONU.

—Setenta y cinco años —dijo Karim.

—Setenta y cinco años. Sin resolver.

La clase terminó ese día con el silencio específico de quien ha entendido algo que no puede des-entender. No era un silencio incómodo. Era el silencio del pensamiento real.

Octava sesión

Las guerras que no terminan

Las semanas siguientes, el profesor Zahira llevó al grupo por la historia militar y diplomática de Medio Oriente en la segunda mitad del siglo XX. Lo hizo con la misma metodología: los hechos con precisión, las perspectivas de todos los actores, y la pregunta constante de *¿por qué importa esto hoy?*

La Guerra de Suez de 1956, explicó, fue el momento en que el mundo vio que el poder había cambiado de manos. Cuando Francia, Gran Bretaña e Israel atacaron Egipto para recuperar el Canal de Suez —que el presidente Nasser había nacionalizado— los tres tuvieron que retirarse porque el presidente norteamericano Eisenhower se los exigió. El viejo mundo imperial europeo ya no mandaba.

—¿Eisenhower obligó a Israel a retirarse? —preguntó Ester, con genuina sorpresa.

—Eisenhower le dijo a Ben-Gurión que o se retiraban o los Estados Unidos revisarían toda su relación. Y se retiraron. Esto es importante porque destruye el mito de que Israel siempre hizo lo que quiso con respaldo incondicional norteamericano. En 1956, no fue así.

La Guerra de los Seis Días de 1967 fue, explicó Zahira, el evento más transformador en la historia de Israel desde su fundación. En seis días, el ejército israelí destruyó las fuerzas aéreas de Egipto, Siria y Jordania y conquistó territorios enormes: el Sinaí, los Altos del Golán, Cisjordania y Gaza.

—¿Seis días? —dijo Omar, con el escepticismo habitual.

—Seis días. La superioridad aérea lo es todo en la guerra moderna. Si en las primeras horas destruyes la fuerza aérea del enemigo en tierra, ya ganaste. Israel lo hizo con una precisión que asombró al mundo.

—¿Y Jerusalén? —preguntó Ester.

—Jerusalén Oriental, incluyendo la Ciudad Vieja y el Muro Occidental, fue tomada por tropas israelíes el 7 de junio de 1967. El general que entró a la Ciudad Vieja, Mordechai Gur, transmitió por radio tres palabras que en Israel se convirtieron en históricas: *Har habait b'yadenu*. El Monte del Templo está en nuestras manos.

Ester cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, tenía la misma expresión que cuando habló de su abuela.

—Para los israelíes —continuó Zahira, suavizando apenas el tono—, fue un momento de emoción histórica casi indescriptible. El lugar más sagrado del judaísmo, al que los judíos no habían tenido acceso bajo Jordania durante diecinueve años, de nuevo accesible. Para los palestinos de Cisjordania y Gaza fue el inicio de la ocupación que dura hasta hoy.

—¿Cuánto tiempo dura una ocupación antes de volverse algo más? —preguntó Valentina. Era una pregunta genuinamente filosófica, y el profesor la trató como tal.

—Esa es exactamente la pregunta que el derecho internacional intenta responder, y que la política real evade. La Resolución 242 de la ONU, aprobada después de esa guerra, pedía la retirada israelí de los territorios ocupados a cambio de paz y reconocimiento. En el papel, eso era el trato. En la práctica, los territorios no se desocuparon. Y cada año que pasó, más israelíes se fueron a vivir en Cisjordania.

—Los asentamientos —dijo Karim.

—Los asentamientos. Ahí empieza una de las hipotecas más pesadas sobre cualquier paz futura. Pero antes de llegar ahí, la Guerra del Yom Kippur.

Octubre de 1973. El Día del Perdón judío. Los egipcios y sirios lanzaron un ataque sorpresa que sacudió profundamente la confianza israelí en su

invulnerabilidad. Israel tardó días en reponerse. Ganó militarmente, pero la experiencia fue traumatizante.

—¿Y qué resultado tuvo a largo plazo? —preguntó Darius.

—Paradójicamente, abrió la puerta a la primera paz real. El presidente egipcio Anwar Sadat había recuperado en el campo de batalla la dignidad nacional que necesitaba para hacer algo políticamente impensable: negociar. En 1978, con Jimmy Carter como mediador, Sadat y el primer ministro israelí Begin firmaron los Acuerdos de Camp David. En 1979, el primer tratado de paz entre Israel y un país árabe. Egipto recuperó el Sinaí. Israel tuvo su primera frontera reconocida.

—¿Y Sadat? —preguntó Valentina.

—Asesinado en 1981 por islamistas que lo consideraban un traidor al mundo árabe y al Islam. —Zahira hizo una pausa—. Eso también es un patrón que se va a repetir en esta historia: los líderes que intentan la paz pagan un precio extraordinariamente alto. Sadat asesinado. Rabin, que firmaría Oslo en 1993, también asesinado. Por sus propios compatriotas.

—¿Oslo? —preguntó Omar.

—Los Acuerdos de Oslo son el momento más cercano a la paz que la región ha conocido en el período moderno. Pero primero, la Primera Intifada.

Entre sesiones

Lo que no cabe en el horario: el agua, la demografía y la caja de Pandora

Fue Darius quien, un viernes después de comer, le llevó al profesor una pregunta que había estado guardando desde hacía semanas.

—Profesor, usted habló de los asentamientos y de Jerusalén como obstáculos para la paz. Pero hay otras cosas que vi en un artículo, cosas que nunca aparecen en las noticias normales. El agua, por ejemplo. ¿Es real ese problema?

Zahira lo miró con la expresión de quien aprecia que un alumno haya leído más allá del programa.

—El agua es completamente real y completamente ignorada en el debate popular. —Se recostó en su silla—. Medio Oriente es la región más árida del mundo. El agua no es solo un recurso: es un factor estratégico tan importante como el petróleo, y en el caso de Palestina e Israel, más inmediato. Los acuíferos de Cisjordania —las reservas subterráneas de agua— se extienden bajo tierra en una región que incluye tanto territorio palestino como israelí. Israel controla el acceso a esa agua en mayor medida. Un Estado palestino que no tuviera garantías sobre el acceso al agua no sería un Estado viable en ningún sentido práctico.

—¿Y eso se negocia?

—Se ha intentado negociar. Hay acuerdos técnicos sobre el agua que forman parte del proceso de Oslo. Pero son acuerdos que los palestinos consideran inequitativos —los colonos israelíes en Cisjordania usan cuatro o cinco veces más agua per cápita que los palestinos de las mismas aldeas circundantes— y que Israel no ha querido renegociar fundamentalmente.

—¿Por qué no aparece en las noticias?

—Porque las noticias necesitan imágenes. Cohetes, explosiones, manifestaciones. El agua es invisible. Las tuberías están bajo tierra. La inequidad en el acceso al agua no sale en televisión. Pero determina si la gente puede cultivar sus campos, si sus hijos tienen agua potable, si las ciudades funcionan. Es una de las formas en que la ocupación se ejerce de manera más silenciosa y más cotidiana.

Darius apuntó algo en su teléfono.

—¿Y la demografía? Leí que para mediados del siglo los árabes van a ser mayoría en el territorio entre el Jordán y el mar.

—Es una proyección que manejan varios demógrafos, sí. Hay debate sobre los números exactos, pero la tendencia es real: la tasa de natalidad árabe en ese territorio es más alta que la judía. Esto tiene lo que los analistas israelíes llaman el "dilema democrático": si Israel controla toda esa área sin dar ciudadanía a los palestinos, en algún momento gobernará a una mayoría árabe sin derechos. Y entonces tendrá que elegir: o es un Estado democrático, o es un Estado judío, pero no puede ser los dos indefinidamente.

—¿Y qué dice Israel a eso?

—Depende a qué israelí le preguntes. Los que apoyan los dos estados lo usan como argumento para separarse: "Si no nos separamos ahora, el problema se vuelve irresoluble." Los que se oponen a los dos estados tienen varias respuestas: algunos dicen que los palestinos eventualmente emigrarán; algunos dicen que los derechos pueden estructurarse de maneras que no impliquen ciudadanía plena; algunos dicen simplemente que no les importa y que la tierra es judía por derecho divino, sin importar las matemáticas demográficas.

—¿Cuál de esas respuestas le parece más honesta?

—La última es la más honesta en el sentido de que no pretende resolver la contradicción. Las otras dos buscan esquivar el problema de maneras que los demógrafos y los juristas consideran insostenibles a largo plazo.

Darius cerró su teléfono.

—Profesor, ¿usted cree que hay solución?

Zahira tardó.

—Creo que hay soluciones posibles. No creo que ninguna de ellas sea fácil ni que ningún líder político actual tenga la valentía o la capacidad de implementarlas. Eso es diferente a decir que no hay solución. Significa que la solución esperará hasta que haya líderes —en Israel, en Palestina, en los

países árabes, en Washington— que estén dispuestos a pagar el precio político de hacer lo correcto. Cuándo llegará ese momento, no lo sé. Pero la historia tiene ejemplos de conflictos que parecían irresolubles y se resolvieron. Irlanda del Norte. Sudáfrica. No perfectamente, no sin cicatrices. Pero se resolvieron.

—¿Y si no se resuelve?

—Si no se resuelve, eventualmente la demografía y la geografía impondrán su lógica de maneras que probablemente serán más dolorosas que cualquier negociación. La historia también tiene ejemplos de eso.

Fue Karim quien trajo la pregunta esa mañana:

—Profesor, mi abuelo estuvo en el Líbano durante la guerra civil de los setenta. Nunca habla de eso. Pero una vez me dijo algo que no entendí: dijo que la intifada fue "cuando el mundo nos vio por primera vez". ¿Qué quiso decir?

El profesor Zahira lo miró un momento.

—Tu abuelo tiene razón. Y tiene más razón de la que probablemente él mismo sabe.

La Primera Intifada comenzó en diciembre de 1987 en la Franja de Gaza, explicó Zahira. Un camión israelí chocó con vehículos que llevaban trabajadores palestinos. Murieron cuatro personas. El accidente detonó protestas que se extendieron por Gaza y Cisjordania con una velocidad que nadie anticipó.

—¿Por qué ese accidente y no otro? —preguntó Darius.

—A veces la historia necesita una chispa para encender lo que ya estaba acumulado. Veinte años de ocupación. Una generación entera que había crecido sin poder votar, sin poder construir sin permiso israelí, con restricciones de movimiento, con la frustración de ver a sus padres envejecer esperando una libertad que no llegaba. El accidente fue la chispa. El combustible llevaba décadas acumulándose.

Lo que distinguió a la Primera Intifada, explicó el profesor, no fue su violencia —que fue real pero relativamente modesta comparada con lo que vendría— sino sus imágenes. Jóvenes palestinos lanzando piedras a soldados israelíes bien armados. La desproporción visible. Las cámaras de televisión capturando lo que durante veinte años había ocurrido sin audiencia internacional.

—El mundo vio —dijo Karim.

—El mundo vio. Y la narrativa cambió. Ya no era solo "Israel luchando por su supervivencia contra ejércitos árabes". Era también "una potencia militar reprimiendo a adolescentes con piedras". Ambas cosas eran ciertas al mismo tiempo, pero la segunda imagen era nueva. Y cambió lo que era políticamente posible.

—¿Qué hizo políticamente posible? —preguntó Valentina.

—Oslo.

En septiembre de 1993, en la Casa Blanca, con Bill Clinton sonriendo entre ellos, Yasser Arafat y el primer ministro israelí Yitzhak Rabin se dieron la mano. Israel reconocía a la OLP como representante legítima del pueblo palestino. La OLP reconocía el derecho de Israel a existir. Se establecería la Autoridad Palestina. Y se acordaba un proceso que en cinco años debía llevar al acuerdo final sobre los temas más difíciles: Jerusalén, los refugiados, las fronteras, los asentamientos.

—Espera —interrumpió Karim—. Arafat reconoció el derecho de Israel a existir. Eso es enorme. ¿Qué ofreció Israel a cambio?

—El reconocimiento de la OLP como interlocutor legítimo. El inicio de la transferencia de ciertos territorios a control palestino. La promesa de negociaciones sobre los temas finales.

—¿No territorio concreto? ¿No fin de la ocupación?

—No de manera inmediata. El proceso de Oslo era gradual. La idea era construir confianza paso a paso antes de llegar a los acuerdos definitivos.

—¿Y los asentamientos siguieron creciendo durante ese proceso?

—Sí.

Karim se recostó en su silla con los brazos cruzados.

—Entonces Arafat reconoció la existencia de Israel a cambio de una promesa de negociar en el futuro, mientras Israel seguía construyendo en los territorios que supuestamente iban a ser palestinos.

—Esa es una lectura legítima —dijo el profesor—. También es legítimo decir que era el único punto de partida posible dado el desequilibrio de poder, y que algo imperfecto era mejor que la continuación del enfrentamiento armado.

—¿Y qué dice usted?

Zahira tardó un momento.

—Que Oslo fue el mejor acuerdo posible en ese momento, y que no fue suficiente. Y que la responsabilidad de que no fuera suficiente se distribuye entre muchos actores: líderes israelíes que no detuvieron los asentamientos, líderes palestinos que no construyeron instituciones lo suficientemente sólidas, extremistas de ambos lados que sabotearon activamente el proceso, y potencias externas que no hicieron lo necesario para sostenerlo.

—¿Cómo fue ese momento del apretón de manos? —preguntó Ester, con una voz más suave que de costumbre.

—Yo tenía veintisiete años y lo vi en televisión en casa de mi madre en Haifa —dijo el profesor. Era la primera vez que hablaba de sí mismo en clase. Sus alumnos se quedaron quietos—. Mi madre es palestina. Mi padre era israelí. Cuando Rabin y Arafat se dieron la mano, mi madre lloró. Mi padre también. Yo también. Creímos que íbamos a vivir para ver el fin.

El salón estaba absolutamente en silencio.

—¿Y no fue así? —preguntó Omar.

—El 4 de noviembre de 1995 —dijo el profesor—, Yitzhak Rabin fue asesinado en Tel Aviv al terminar un mitin de paz. El asesino era un estudiante universitario israelí, judío, que creía que hacer la paz con los palestinos era una traición religiosa.

Nadie dijo nada.

—Y entonces —continuó Zahira, con una serenidad que costaba trabajo mantener— el proceso fue perdiendo impulso. Los asentamientos siguieron creciendo. Las elecciones en Israel trajeron gobiernos menos comprometidos con el proceso. En 2000, la cumbre de Camp David terminó en fracaso. Y en septiembre de ese año comenzó la Segunda Intifada.

—¿Más violenta? —preguntó Karim.

—Mucho más violenta. Atentados suicidas en autobuses, restaurantes, discotecas. Cientos de civiles israelíes muertos. Y la respuesta militar israelí que devastó la infraestructura de la Autoridad Palestina y dejó a Cisjordania bajo control militar directo. La confianza que Oslo había construido con tanto esfuerzo quedó destruida en tres años.

—¿Qué le pasó a Arafat? —preguntó Darius.

—Murió en noviembre de 2004, confinado a su sede de Ramallah por las tropas israelíes. Las circunstancias exactas de su muerte nunca se aclararon del todo.

—Y después de Arafat —dijo Karim—, ¿qué?

—Después de Arafat, Hamas.

Novena sesión

La esperanza y su fractura

Fue Karim quien trajo la pregunta esa mañana:

—Profesor, mi abuelo estuvo en el Líbano durante la guerra civil de los setenta. Nunca habla de eso. Pero una vez me dijo algo que no entendí: dijo que la intifada fue "cuando el mundo nos vio por primera vez". ¿Qué quiso decir?

El profesor Zahira lo miró un momento.

—Tu abuelo tiene razón. Y tiene más razón de la que probablemente él mismo sabe.

La Primera Intifada comenzó en diciembre de 1987 en la Franja de Gaza. Un camión israelí chocó con vehículos que llevaban trabajadores palestinos. Murieron cuatro personas. El accidente detonó protestas que se extendieron por Gaza y Cisjordania con una velocidad que nadie anticipó.

—¿Por qué ese accidente y no otro? —preguntó Darius.

—A veces la historia necesita una chispa para encender lo que ya estaba acumulado. Veinte años de ocupación. Una generación entera que había

crecido sin poder votar, sin poder construir sin permiso israelí, con restricciones de movimiento, con la frustración de ver a sus padres envejecer esperando una libertad que no llegaba. El accidente fue la chispa. El combustible llevaba décadas acumulándose.

Lo que distinguió a la Primera Intifada, explicó el profesor, no fue su violencia —que fue real pero relativamente modesta comparada con lo que vendría— sino sus imágenes. Jóvenes palestinos lanzando piedras a soldados israelíes bien armados. La desproporción visible. Las cámaras de televisión capturando lo que durante veinte años había ocurrido sin audiencia internacional.

—El mundo vio —dijo Karim.

—El mundo vio. Y la narrativa cambió. Ya no era solo "Israel luchando por su supervivencia contra ejércitos árabes". Era también "una potencia militar reprimiendo a adolescentes con piedras". Ambas cosas eran ciertas al mismo tiempo, pero la segunda imagen era nueva. Y cambió lo que era políticamente posible.

—¿Qué hizo políticamente posible? —preguntó Sofía.

—Oslo.

En septiembre de 1993, en la Casa Blanca, con Bill Clinton sonriendo entre ellos, Yasser Arafat y el primer ministro israelí Yitzhak Rabin se dieron la mano. Israel reconocía a la OLP como representante legítima del pueblo palestino. La OLP reconocía el derecho de Israel a existir. Se establecería la Autoridad Palestina. Y se acordaba un proceso que en cinco años debía llevar al acuerdo final sobre los temas más difíciles: Jerusalén, los refugiados, las fronteras, los asentamientos.

—Espera —interrumpió Karim—. Arafat reconoció el derecho de Israel a existir. Eso es enorme. ¿Qué ofreció Israel a cambio?

—El reconocimiento de la OLP como interlocutor legítimo. El inicio de la transferencia de ciertos territorios a control palestino. La promesa de negociaciones sobre los temas finales.

—¿No territorio concreto? ¿No fin de la ocupación?

—No de manera inmediata. El proceso de Oslo era gradual. La idea era construir confianza paso a paso antes de llegar a los acuerdos definitivos.

—¿Y los asentamientos siguieron creciendo durante ese proceso?

—Sí.

Karim se recostó en su silla con los brazos cruzados.

—Entonces Arafat reconoció la existencia de Israel a cambio de una promesa de negociar en el futuro, mientras Israel seguía construyendo en los territorios que supuestamente iban a ser palestinos.

—Esa es una lectura legítima —dijo el profesor—. También es legítimo decir que era el único punto de partida posible dado el desequilibrio de poder, y que algo imperfecto era mejor que la continuación del enfrentamiento armado.

—¿Y qué dice usted?

Zahira tardó un momento.

—Que Oslo fue el mejor acuerdo posible en ese momento, y que no fue suficiente. Y que la responsabilidad de que no fuera suficiente se distribuye entre muchos actores: líderes israelíes que no detuvieron los asentamientos, líderes palestinos que no construyeron instituciones lo suficientemente sólidas, extremistas de ambos lados que sabotearon activamente el proceso, y potencias externas que no hicieron lo necesario para sostenerlo.

—¿Cómo fue ese momento del apretón de manos? —preguntó Ester, con una voz más suave que de costumbre.

—Yo tenía veintisiete años y lo vi en televisión en casa de mi madre en Haifa —dijo el profesor. Era la primera vez que hablaba de sí mismo en clase. Sus alumnos se quedaron quietos—. Mi madre es palestina. Mi padre era israelí. Cuando Rabin y Arafat se dieron la mano, mi madre lloró. Mi padre también. Yo también. Creímos que íbamos a vivir para ver el fin.

El salón estaba absolutamente en silencio.

—¿Y no fue así? —preguntó Omar.

—El 4 de noviembre de 1995 —dijo el profesor—, Yitzhak Rabin fue asesinado en Tel Aviv al terminar un mitin de paz. El asesino era un estudiante universitario israelí, judío, que creía que hacer la paz con los palestinos era una traición religiosa.

Nadie dijo nada.

—Y entonces —continuó Zahira, con una serenidad que costaba trabajo mantener— el proceso fue perdiendo impulso. Los asentamientos siguieron creciendo. Las elecciones en Israel trajeron gobiernos menos comprometidos con el proceso. En 2000, la cumbre de Camp David terminó en fracaso. Y en septiembre de ese año comenzó la Segunda Intifada.

—¿Más violenta? —preguntó Karim.

—Mucho más violenta. Atentados suicidas en autobuses, restaurantes, discotecas. Cientos de civiles israelíes muertos. Y la respuesta militar israelí que devastó la infraestructura de la Autoridad Palestina y dejó a Cisjordania bajo control militar directo. La confianza que Oslo había construido con tanto esfuerzo quedó destruida en tres años.

—¿Qué le pasó a Arafat? —preguntó Darius.

—Murió en noviembre de 2004, confinado a su sede de Ramallah por las tropas israelíes. Las circunstancias exactas de su muerte nunca se aclararon del todo.

—Y después de Arafat —dijo Karim—, ¿qué?

—Después de Arafat, Hamas. Pero eso es la siguiente sesión.

Décima sesión

Hamas, Gaza y la trampa sin salida

La última semana del semestre, el salón 14-B amaneció con un sol de noviembre que hacía el rectángulo de luz en el piso más estrecho que en octubre, pero igualmente presente. El profesor Zahira llegó con su café habitual y la expresión de quien está llegando al final de un camino largo que no termina en ningún lugar fácil.

—Hoy llegamos al presente —dijo—. O casi al presente. Lo más reciente. Y quiero que sepan antes de empezar que esto es lo más difícil, no porque sea más complicado que lo anterior, sino porque tiene menos distancia. Cuando hablamos de los asirios o de los cruzados, podemos analizar con cierta frialdad. Cuando hablamos de lo que pasó el año pasado, la sangre todavía está caliente.

En 2006, Hamas ganó las elecciones legislativas palestinas. Los resultados sorprendieron al mundo. El movimiento islamista que nunca había reconocido el derecho de Israel a existir, que había usado los atentados suicidas como arma sistemática, ganó con una mayoría clara sobre el partido de Mahmoud Abbas, el sucesor de Arafat.

—¿Por qué ganaron? —preguntó Valentina.

—Porque en muchas comunidades palestinas Hamas era el que construía hospitales, escuelas, redes de ayuda social. Porque la Autoridad Palestina estaba percibida como corrupta e incapaz. Y porque después de diez años del proceso de Oslo sin un Estado palestino, mucha gente decidió que la diplomacia no funcionaba.

Lo que siguió, explicó el profesor, fue un desastre político en cámara lenta. Las potencias occidentales se negaron a reconocer el resultado electoral. Se impusieron sanciones. Y en 2007, Hamas y Fatah —el partido de Abbas— se enfrentaron en una guerra civil interna. Hamas tomó el control militar de Gaza. Abbas y Fatah mantuvieron el control de Cisjordania.

—Así que los palestinos quedaron divididos —dijo Karim.

—Divididos entre dos entidades gobernadas por facciones que se odian mutuamente. Y esa división hizo prácticamente imposible cualquier negociación palestina unificada con Israel. Los sucesivos gobiernos israelíes usaron ese argumento —"no hay un interlocutor palestino"— para justificar la falta de avances en el proceso de paz.

Tras el golpe de Hamas, Israel —con el apoyo inicial de Egipto— impuso un bloqueo a la Franja de Gaza. El profesor describió las condiciones que siguieron: dos millones de personas en 365 kilómetros cuadrados, uno de los territorios más densamente poblados del planeta, con severas restricciones a las importaciones, con la economía derrumbada, con el 45% de desempleo, con casi la mitad de la población menor de dieciocho años.

—¿Qué hacía la comunidad internacional? —preguntó Darius.

—Lo que la comunidad internacional hace habitualmente en casos como este: expresar preocupación, pedir moderación a ambos lados, y no cambiar nada.

—¿Y Hamas seguía lanzando cohetes? —preguntó Omar.

—Hamas seguía lanzando cohetes. Israel respondía con ofensivas militares. En 2008, en 2012, en 2014, en 2021. Cada guerra siguió el mismo patrón: Hamas lanzaba cohetes, Israel respondía con una ofensiva de enorme potencia, la comunidad internacional pedía un alto al fuego, ambas partes lo aceptaban, y todo volvía a empezar unos años después con más muertos y más destrucción acumulada.

—¿Y los asentamientos? —preguntó Ester.

—Los asentamientos en Cisjordania siguieron creciendo durante todo este período, bajo todos los gobiernos israelíes, de derecha y de centro. Hoy hay aproximadamente 700,000 israelíes viviendo en asentamientos en Cisjordania y Jerusalén Oriental. Eso es lo que yo llamo la hipoteca: 700,000 personas cuya vida cotidiana depende del mantenimiento de la ocupación. Sacarlas es política y prácticamente enormemente difícil. Dejarlas implica que no hay espacio para un Estado palestino contiguo y soberano.

—Entonces la solución de dos estados... —comenzó Valentina.

—Cada año que pasa se vuelve más difícil de implementar. No imposible, según algunos. Pero más difícil.

Hubo una pausa. Karim tenía algo en la cara que no era su escepticismo habitual. Era otra cosa.

—Profesor —dijo—, quiero preguntarle algo que quizás no es justo.

—Adelante.

—¿Usted cree que Israel quiere realmente la paz? No como gobierno abstracto. Como sociedad. ¿La gente de Israel quiere un Estado palestino?

El profesor Zahira consideró la pregunta durante un momento completo.

—Esa es una pregunta que merece una respuesta honesta, no una respuesta diplomática. —Hizo una pausa—. La sociedad israelí se ha movido significativamente hacia la derecha en los últimos veinte años. Hay sectores importantes —el movimiento de los colonos, los partidos religiosos, partes del Likud— que rechazan explícitamente la solución de dos estados y creen que toda la tierra entre el Jordán y el mar es patrimonio judío. Ese sector ha ganado influencia política real. Al mismo tiempo, hay israelíes —en las ciudades, entre los jóvenes más seculares, en los movimientos de paz— que siguen creyendo en la necesidad de separación y de un Estado palestino viable. La sociedad israelí no es monolítica.

—¿Y cuál de los dos lados gana?

—En este momento, el que se opone a los dos estados lleva ventaja política. Pero los equilibrios políticos cambian. La pregunta es si cambian a tiempo.

—¿A tiempo para qué? —preguntó Omar.

—A tiempo para que quede algo de qué negociar.

—¿Y el 7 de octubre? —dijo Karim, en voz baja.

El profesor asintió.

—El 7 de octubre de 2023. —Se detuvo un momento—. El ataque de Hamas fue el más mortífero contra civiles israelíes desde el Holocausto. Más de 1,200 personas asesinadas, la mayoría civiles. Aproximadamente 250 tomadas como rehenes. La brutalidad de lo que ocurrió ese día —documentada, indiscutible— fue de una magnitud que sacudió al mundo.

Ester tenía las manos entrelazadas sobre el escritorio. Las apretó.

—Yo perdí a alguien —dijo.

El salón se detuvo.

—¿Qué? —dijo Valentina.

—Una prima lejana. Vivía en un kibbutz en el sur. Tenía veintidós años. —Su voz no tembló. Era la voz de alguien que ha procesado algo muchas veces y ha llegado a un lugar donde puede nombrarlo sin derrumbarse, pero donde el peso sigue ahí—. No la conocía bien. Nos habíamos visto dos veces en mi vida. Pero era de mi familia.

Nadie dijo nada durante varios segundos.

—Lo siento —dijo Karim finalmente. Era simple, sin adornos. Pero era real.

Ester lo miró. Asintió.

—Y la respuesta israelí —continuó el profesor, con cuidado—. Una ofensiva militar de escala sin precedentes en Gaza. Decenas de miles de civiles palestinos muertos. La mayor parte de la infraestructura de Gaza destruida. Más de un millón y medio de personas desplazadas dentro del propio territorio. Amenaza real de hambruna.

—Mi familia tiene parientes en Gaza —dijo Karim. Lo dijo sin dramatismo, como un hecho—. No los conocemos. Pero existen. O existían. No sabemos.

Ester lo miró ahora de la misma manera que él la había mirado a ella.

—Lo siento —dijo.

Y por un momento, en el salón 14-B del Colegio Mediterráneo de la Ciudad de México, las palabras del profesor sobre la complejidad y las dobles verdades y los lados que no son equipos se volvieron concretas y pesadas y reales.

—¿Cómo se juzga eso? —preguntó Valentina—. El ataque de Hamas y la respuesta israelí. ¿Cómo se pone uno frente a eso?

El profesor Zahira la miró durante un momento.

—*Con mucho cuidado —dijo—. Y con honestidad sobre lo que cada cosa es. El ataque de Hamas fue un crimen de guerra. Eso no tiene calificaciones. La respuesta israelí causó una catástrofe humanitaria entre una población civil que en su inmensa mayoría no es responsable de los actos de Hamas. Eso tampoco tiene calificaciones. Que ambas cosas sean ciertas no significa que sean equivalentes ni que "los dos lados son iguales". Significa que en esta historia, como en muchas historias humanas, los crímenes de unos no justifican los crímenes de otros. Y que la tendencia a elegir un equipo y*

defenderlo sin importar lo que haga es precisamente la actitud que ha alimentado este conflicto durante cien años.

Después de la sesión más difícil

Una conversación en el patio

Salieron del salón en silencio ese día. El sol de noviembre estaba alto y la Ciudad de México hacía ese ruido constante de fondo que solo se nota cuando te quedas quieto.

Ester se sentó en una banca del patio. Karim pasó a su lado, dudó, y se sentó también. No inmediatamente al lado —dejó un espacio— pero en la misma banca.

Pasó un minuto sin que ninguno hablara.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Karim finalmente.

—Michal. Michal Goldemberg. —Ester miró hacia los árboles—. Era bióloga. Estudiaba aves migratorias en el Neguev. Le gustaban los pájaros porque, decía, no respetan fronteras.

Karim asintió lentamente.

—Los míos en Gaza se llaman Nassar también. No sé sus nombres. Mi abuelo los perdió de vista en los años ochenta. Intentó rastrearlos una vez y no pudo.

—¿Por qué no pudo?

—Porque en Gaza no es fácil comunicarse con nadie de afuera. Y después de Hamas, menos.

Ester giró levemente hacia él.

—¿Qué sientes cuando el profesor habla del bloqueo? ¿De las condiciones en Gaza?

Karim tardó en responder.

—Rabia. Pero una rabia complicada, porque sé que el bloqueo no surgió de la nada, que Hamas hizo cosas que dieron argumentos para imponerlo. Y aun así, cuando pienso en dos millones de personas encerradas, la mitad niños, que nunca eligieron a Hamas ni eligieron nacer ahí... la rabia no tiene adónde ir limpiamente.

—¿Y cuando ocurrió el 7 de octubre?

—Miedo —dijo Karim—. Miedo de lo que vendría después. Y vergüenza, aunque sé que no soy responsable de lo que hizo Hamas. Pero la vergüenza no consulta con la lógica.

Ester asintió.

—Yo sentí lo contrario y lo mismo. Rabia primero, y luego miedo de que la rabia me llevara a no ver lo que venía después. A justificar cualquier cosa en nombre de esa rabia.

—¿Y lo justificaste?

—No —dijo Ester—. Intenté no hacerlo. No siempre fue fácil.

Otro silencio. Las palomas del patio hacían su negocio con indiferencia cósmica a todo lo que ocurría alrededor.

—El profesor tiene razón en una cosa —dijo Karim—. Lo de que los extremistas de ambos lados tienen en común que no quieren paz. Los que en Israel dicen que toda la tierra es judía y los palestinos que no existen como pueblo. Y los que en Gaza o en Cisjordania dicen que Israel no tiene derecho a existir. Todos ellos necesitan que el conflicto siga para que su identidad tenga sentido.

—¿Y los demás? Los que no son extremistas.

—Los demás están cansados —dijo Karim—. O al menos eso imagino. No soy de ahí. Pero parece que la gente que vive cerca del conflicto está simplemente muy, muy cansada.

—Mi abuela está cansada —confirmó Ester—. Y tiene noventa años y llegó a México antes de que el Estado de Israel existiera siquiera. Imagínate los que nacieron ahí y llevan toda la vida en eso.

Se quedaron callados un rato más. No era el silencio incómodo del principio del semestre. Era otro tipo de silencio: el de dos personas que han llegado al mismo lugar por caminos distintos y se encuentran ahí sin saber del todo qué hacer con el encuentro.

—¿Crees que el conflicto se va a resolver algún día? —preguntó Karim.

—No lo sé. Pero creo que tiene que resolverse. El statu quo demostró que no es sostenible. —Hizo una pausa—. Aunque no sé exactamente qué quiere decir "resolverse". El profesor mencionó Irlanda del Norte y Sudáfrica. Pero tampoco son paraísos.

—Son mejores que lo que eran.

—Eso sería suficiente —dijo Ester—. Por ahora.

Se levantaron cuando sonó el timbre para la siguiente clase. Caminaron hacia el edificio, no juntos exactamente pero sin la distancia de antes.

En la puerta, Karim se detuvo.

—Lo de tu prima. Lo siento de verdad.

—Lo de tu familia en Gaza también —dijo Ester.

Y entraron.

Última sesión

Lo que el profesor Zahira no había dicho

Era la última clase del semestre. Diciembre. Las jacarandas del patio empezaban a mostrar el primer morado tímido que en febrero sería explosivo. El rectángulo de luz del piso había desaparecido casi por completo: el sol de invierno llegaba demasiado oblicuo para crear ese efecto.

El profesor Zahira llegó sin carpeta. Solo con el café. Se sentó en el borde del escritorio, como siempre, y miró a sus cinco alumnos.

—Hoy no tengo lección preparada —dijo.

Los cinco lo miraron.

—He tenido una lección preparada cada clase de este semestre. Hoy no la tengo, porque lo que me queda por decir no cabe en un esquema. Es personal. Y he decidido que se los debo.

—¿Qué nos debe? —preguntó Omar.

—Mi historia.

Hubo un silencio expectante que nadie quiso interrumpir.

—Mi padre, Isaac Zahira, nació en Haifa en 1942. Era judío. Su familia llevaba tres generaciones en Palestina; sus bisabuelos habían llegado de Rusia escapando de los pogromos a principios del siglo XX. En 1948, cuando Israel proclamó su independencia y los ejércitos árabes atacaron, mi padre tenía seis años. Recuerda el sonido de los bombardeos. Recuerda que su madre lo metió debajo de la cama y le dijo que no saliera hasta que ella le dijera.

Nadie se movía.

—Mi madre, Nour Al-Rashid, nació en Ramallah en 1950. Era palestina, musulmana. Su familia había vivido en un pueblo cerca de Ramallah por generaciones. En 1948, su pueblo no fue destruido —estaba en la zona que quedó bajo control jordano— pero su familia perdió a parientes, amigos, vecinos. Creció con las historias de la Nakba como parte del aire que respiraba.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Valentina.

—En la Universidad Hebrea de Jerusalén, en 1975. Mi padre era profesor de arqueología. Mi madre era estudiante de literatura árabe. Él le preguntó si podía sentarse a su lado en la biblioteca. Ella le dijo que sí. —Hizo una pausa —. Cuarenta años después, cuando alguien les preguntaba cómo había empezado todo, mi madre siempre decía lo mismo: "Me preguntó si podía sentarse. No me preguntó de qué lado estaba." Creo que eso fue lo que la convenció.

—¿Fue difícil? —preguntó Ester.

—Fue difícil y fue hermoso, en proporciones que variaban según el año. Había momentos —durante las guerras, durante las intifadas, durante las negociaciones fallidas— en que el peso de ser lo que eran era casi insoportable. Amigos de mi padre que dejaron de verlo cuando se casó con una palestina. Primos de mi madre que nunca aceptaron a un israelí en la familia. Cuando estalló la Segunda Intifada, en el año 2000, hubo semanas en que apenas podían mirarse.

—¿Y cómo sobrevivieron esas semanas? —preguntó Karim.

—Mi padre decía que tenían una regla: podían pelear sobre política hasta las diez de la noche. Después de las diez, la política quedaba fuera del dormitorio. No era una regla fácil de cumplir. Pero la intentaban.

—¿Y usted? —preguntó Karim—. ¿Qué es usted?

El profesor Zahira consideró la pregunta.

—Soy exactamente lo que ven: un hombre de cincuenta y dos años que lleva la historia de este conflicto en los genes y en la memoria familiar, que decidió que la mejor manera de vivir con eso era entenderlo tan completamente como fuera posible, y luego tratar de transmitir esa comprensión. No soy israelí. No soy palestino. No soy árabe ni judío en el sentido de quien elige un equipo. Soy hijo de los dos lados de esta historia, y esa posición me ha dado algo que valoro: la incapacidad de simplificar.

—¿Alguna vez ha querido simplificar? —preguntó Darius.

—Cada vez que leo las noticias. La simplificación es tentadora porque es cómoda. Elegir un héroe y un villano, saber de qué lado estás, sentirte moralmente seguro. Es mucho más fácil que vivir en la complejidad. Pero la complejidad es lo que hay. Y fingir que no existe no resuelve nada; solo hace que nos sintamos mejor mientras el mundo sigue igual.

—¿Y sus padres? —preguntó Valentina—. ¿Pudieron vivir en paz?

—Treinta y dos años juntos. Mi padre murió hace diez años. Mi madre vive en Ramallah. La llamo cada semana. Voy cuando puedo. El año pasado no pude ir por lo que pasó en octubre.

—¿Cómo está?

—Triste. Como la mayoría de la gente que conozco que tiene familia en esa región, de cualquier lado. Triste, y sin saber cuándo va a terminar la tristeza. Pero viva. Y en esta historia, estar vivo nunca es poca cosa.

Valentina tenía los codos sobre el escritorio y la barbilla sobre las manos.

—Profesor, desde la primera clase, cuando pregunté quién tiene razón y usted dijo que era la pregunta equivocada... he estado pensando cuál sería la correcta. ¿Cuál es?

—¿Cuál crees tú que es?

Valentina pensó durante un momento real.

—¿Qué necesitarían los dos pueblos para dejar de matarse?

—Esa —dijo el profesor— es exactamente la pregunta correcta.

—¿Y cuál es la respuesta?

—Varias cosas simultáneas y difíciles. Garantías de seguridad reales para Israel, porque el miedo israelí al exterminio no es paranoia: tiene historia reciente y documentada. Reconocimiento genuino de la dignidad y los derechos palestinos, incluyendo alguna forma de Estado propio, porque la Nakba ocurrió y sus consecuencias están vivas. Un acuerdo sobre Jerusalén que ningún líder político actual parece capaz de alcanzar, porque cualquier compromiso sobre esa ciudad cuesta votos en casa. Y la eliminación de los asentamientos en Cisjordania o una solución que los haga compatibles con un Estado palestino viable, lo cual es políticamente enormemente difícil. Ninguna de estas cosas es fácil. Algunas parecen, en el clima político actual, casi imposibles.

—¿Hay esperanza? —preguntó Ester.

El profesor Zahira no respondió inmediatamente. Miró a sus cinco alumnos: la chica judía que había perdido a una prima y cuya abuela llegó de Polonia con nada más que su vida. El joven árabe libanés que tenía familia cuyo nombre desconocía en un territorio sitiado. El descendiente de persas cuya abuela lloraba por Karbala y por la revolución que le había quitado su país. La mexicana sin historia directa en la región que había llegado por el horario y se había quedado por las preguntas. El nieto de otomanos con una fotografía de su bisabuelo y una carta que decía *"tú decide qué hacer con eso"*.

—Hay momentos —dijo— en los que creo que no. En los que la acumulación de injusticias, de dolor y de odio heredado parece demasiado pesada para que ninguna generación pueda cargarla y seguir caminando hacia adelante. Y hay momentos en los que pienso en mis padres, que se conocieron en una biblioteca de Jerusalén cuando el mundo decía que lo que hacían era imposible, y que vivieron treinta y dos años juntos de todas formas, peleando y amándose y eligiéndose cada mañana de nuevo. Y entonces sí hay esperanza.

—¿Pero no fue suficiente para resolver el conflicto? —dijo Karim.

—No fue suficiente para resolver el conflicto. Fue suficiente para resolver el de ellos. Y a veces creo que los conflictos grandes se resuelven, si es que alguna vez se resuelven, no de arriba hacia abajo —no con tratados firmados en grandes cámaras— sino de abajo hacia arriba. Con personas ordinarias que deciden que la persona frente a ellas es más importante que el bando al que pertenece.

—¿Como nosotros? —preguntó Omar, con un tono que podría haber sido irónico pero no lo era.

Zahira lo miró.

—Como ustedes —dijo—. Si lo eligen.

El salón quedó en silencio. Afuera, en el patio, el primer morado tímido de las jacarandas esperaba su momento.

El profesor Zahira, al terminar, se quedó solo en el salón 14-B. Recogió su taza vacía. Miró el pizarrón donde todavía se podía leer, tenuemente, la columna de nombres que había escrito semanas atrás:

Asirios — Babilonios — Persas — Griegos — Romanos

Y debajo, agregados en diferentes días:

Árabes — Cruzados — Otomanos — Europeos — Israelíes — Palestinos

Lo borró despacio, de izquierda a derecha. Cuando terminó, el pizarrón estaba limpio y gris, esperando la siguiente generación de preguntas.

Apagó la luz. Cerró la puerta.

Afuera, las jacarandas del patio tenían ya suficiente morado para que, si te detenías y mirabas, pudieras ver lo que iban a ser.

Sesión extraordinaria

La guerra que no esperábamos — o que sí debimos esperar

No estaba en el programa.

El profesor Zahira envió el mensaje el sábado por la tarde, pocas horas después de que las primeras imágenes llegaran a los teléfonos de todo el mundo: *"Lunes. Salón 14-B. Asistencia voluntaria pero los espero a todos."*

Los cinco llegaron.

No era una mañana como las otras. Afuera, el espacio aéreo de media docena de países estaba cerrado. Los precios del petróleo habían subido casi diez por ciento en un fin de semana. El ayatolá Alí Jamenei, líder supremo de Irán durante treinta y cinco años, había muerto en los bombardeos del 28 de febrero de 2026. Las pantallas de los teléfonos no paraban.

Darius llegó el primero. Estaba sentado cuando entraron los demás, con el teléfono boca abajo sobre el escritorio, como si hubiera decidido deliberadamente no mirarlo más por un rato. Tenía una expresión que ninguno de sus compañeros le había visto antes: no era rabia ni tristeza exactamente. Era algo más parecido al agotamiento de quien ha estado procesando algo muy grande durante demasiadas horas seguidas.

El profesor Zahira entró sin café. Eso, a estas alturas, todos sabían que significaba algo.

Se sentó en el borde del escritorio. Miró a sus cinco alumnos. Y antes de que pudiera hablar, fue Darius quien lo hizo.

—Mataron a Jamenei.

—Lo sé —dijo el profesor.

—¿Usted lo esperaba?

Una pausa larga.

—Esperaba que llegara algo. No sabía exactamente qué forma tendría.

—¿Por qué? —preguntó Sofía—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué así?

El profesor se levantó y fue al pizarrón. Lo encontró limpio —era lunes, la persona de limpieza había pasado el fin de semana— y por primera vez en el semestre titubeó antes de escribir algo. Luego eligió una sola frase:

¿Qué motiva esta guerra?

—Empecemos por eso —dijo—. Porque antes de hablar de lo que va a pasar, necesitamos entender por qué ocurrió.

La historia inmediata, explicó Zahira, tenía varios hilos que venían convergiendo desde meses atrás.

El primero era el programa nuclear iraní. Desde hacía décadas, Irán había enriquecido uranio de manera progresiva, acercándose técnicamente a la capacidad de construir un arma atómica. Nunca cruzó formalmente ese

umbral —el propio director del Organismo Internacional de Energía Atómica declaró, cuatro días después de los ataques, que no había indicios de desarrollo activo de armas nucleares— pero la ambigüedad era deliberada. La amenaza latente era parte del poder de negociación iraní.

—¿Por qué no simplemente decían que no tenían bomba? —preguntó Omar.

—Porque la incertidumbre les convenía. Un país que podría tener la bomba es mucho más difícil de atacar que uno que claramente no la tiene. Es lo que los analistas llaman ambigüedad estratégica.

—Como Israel —dijo Karim—. Israel nunca ha confirmado que tiene armas nucleares, pero todo el mundo sabe que las tiene.

—Exactamente el mismo principio. La diferencia es que la ambigüedad israelí lleva décadas consolidada y nadie la discute seriamente. La iraní era mucho más reciente y mucho más activamente disputada.

El segundo hilo era político: las negociaciones. Semanas antes del ataque, Estados Unidos e Irán estaban negociando en Ginebra precisamente sobre el programa nuclear. Irán se negó a aceptar las dos condiciones centrales de Washington: detener todo enriquecimiento y entregar sus reservas de uranio.

—¿Y entonces atacaron mientras negociaban? —preguntó Ester, con una incredulidad que era casi filosófica.

—El 28 de febrero de 2026, sí. Las negociaciones seguían en curso cuando llegaron los primeros misiles. —El profesor hizo una pausa—. Esto tiene un nombre en derecho internacional: violación flagrante de las normas de diplomacia. Atacar a un país con el que estás negociando activamente es, en términos formales, exactamente lo que parece.

—¿Y nadie lo detuvo?

—El Congreso de Estados Unidos intentó limitar los poderes de guerra del presidente. La moción fue derrotada en el Senado.

El tercer hilo era interno: las protestas en Irán. Desde finales de diciembre de 2025 —semanas antes del ataque— el país vivía las manifestaciones más grandes desde la Revolución de 1979. La economía había colapsado, el rial valía una fracción de lo que valía años antes, y los jóvenes iraníes salieron a las calles en más de cien ciudades. El gobierno respondió con represión brutal. Las estimaciones de muertos iban de tres mil, según el propio régimen, a más de treinta mil, según los médicos y hospitales que atendieron heridos.

—Treinta mil —repitió Darius en voz baja.

—Treinta mil. Y cincuenta mil detenidos. —Zahira lo miró—. El gobierno de Trump advirtió que atacar a manifestantes no quedaría sin respuesta. Parte de la justificación pública de los ataques fue exactamente esa: la represión de los manifestantes.

—¿Era la razón real? —preguntó Karim, con el escepticismo preciso que caracterizaba sus mejores preguntas.

—Hay al menos cuatro justificaciones que el gobierno de Trump ofreció públicamente, en diferentes momentos y en aparente contradicción entre sí: destruir el programa nuclear, eliminar el arsenal de misiles, apoyar a los manifestantes, y lograr un cambio de régimen. El senador demócrata Mark Warner dijo haber escuchado "al menos cuatro objetivos diferentes" sin poder identificar cuál era el real. Un representante en el Congreso fue más directo: "Esta es una guerra de elección sin un objetivo estratégico."

Sofía levantó la mano como si estuviera en clase —gesto que le arrancó una sonrisa a Ester— y luego la bajó y habló de todas formas.

—Profesor, ¿qué pasó exactamente el 28 de febrero?

El sábado 28 de febrero de 2026, en la madrugada, hora de Teherán, las aviaciones de Israel y Estados Unidos lanzaron un ataque coordinado y por sorpresa sobre Irán. La operación llevaba el nombre de Operación Furia Épica del lado estadounidense, y Operación Rugido del León del lado israelí.

Los objetivos incluyeron instalaciones militares, bases de la Guardia Revolucionaria, lo que quedaba del programa nuclear iraní —ya parcialmente destruido en la "Guerra de los Doce Días" de junio de 2025— y, de manera que impactó al mundo, la residencia del líder supremo Alí Jamenei en Teherán, donde también vivían su esposa y su nieta de catorce meses.

Jamenei murió. Su esposa también. La nieta también.

—Una nieta de catorce meses —dijo Ester.

El profesor asintió.

—Una nieta de catorce meses.

El salón estuvo en silencio durante varios segundos.

—El primer ministro Netanyahu, al anunciar la operación, dijo que atacaban "para eliminar la amenaza existencial" que representaba Irán. Trump, en un video de ocho minutos emitido dos horas después del inicio de los ataques, dijo que el objetivo era impedir que Irán obtuviera armas nucleares: "Han rechazado toda oportunidad de renunciar a sus ambiciones nucleares. Y ya no podemos soportarlo más."

—¿Y qué dijo el OIEA? —preguntó Darius. El Organismo Internacional de Energía Atómica era algo que había investigado por cuenta propia en las semanas anteriores.

—Cuatro días después de los ataques, el director del OIEA, Rafael Grossi, declaró que no había indicios de que Irán estuviera desarrollando activamente armas nucleares. También dijo que no podía garantizar que el programa fuera "exclusivamente pacífico", porque Irán había negado acceso a inspectores en varias instalaciones clave. Es decir: no había prueba de que Irán tuviera la bomba. Sí había ambigüedad suficiente para que cualquiera que quisiera atacar encontrara un pretexto.

—¿Y eso es suficiente justificación para una guerra? —preguntó Sofía.

—Depende a quién le preguntes. Para los que apoyaron la operación, la amenaza potencial era demasiado grande para esperar a que fuera real. Para los que la condenaron, atacar a un país basándote en lo que podría hacer en el futuro viola los principios más básicos del derecho internacional.

—¿Y la respuesta de Irán? —preguntó Omar.

—Inmediata y extensa. Irán lanzó misiles y drones contra Israel y contra bases militares estadounidenses en seis países del Golfo: Baréin, Kuwait, Catar, Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudita y Jordania. La operación iraní se llamó Promesa Verdadera IV —era la cuarta de una serie de respuestas que Irán había lanzado contra Israel en los últimos años—. El estrecho de Ormuz fue temporalmente interrumpido.

—Un quinto del petróleo mundial pasa por ahí —dijo Darius.

—Un quinto del petróleo mundial. Los precios subieron casi diez por ciento en un fin de semana. Los aeropuertos de media región cerraron. Miles de personas quedaron varadas en Dubái, en Riad, en Kuwait. El mundo vio imágenes de un hotel de lujo en Dubái en llamas. Turistas escapando por corredores llenos de humo.

—¿Y los países del Golfo? —preguntó Karim—. Arabia Saudita, los Emiratos, Qatar. ¿De qué lado están?

El profesor eligió sus palabras con cuidado.

—Están en una posición extraordinariamente incómoda, y sus propias palabras lo reflejan. Una fuente regional sin nombre le dijo a CNN esta semana: "Esta no es nuestra guerra." Pero los misiles iraníes no consultaron esa opinión. Arabia Saudita interceptó misiles balísticos sobre Riad y su provincia oriental. Los Emiratos rechazaron ataques sobre Abu Dabi. Qatar, que alberga la mayor base militar estadounidense de la región, fue atacada directamente. La embajada de Estados Unidos en Riad fue golpeada por drones.

—Entonces a pesar de que no querían ser parte, ya son parte —dijo Sofía.

—Eso es exactamente lo que Irán calculó. Al atacar a los países del Golfo, Irán les estaba diciendo: si permiten que su territorio sea usado para atacarnos, son parte del conflicto. Los estados del Golfo, que en los años recientes habían hecho un esfuerzo considerable por normalizar relaciones con Irán —recordemos los Acuerdos de Abraham, la reconciliación saudí-iraní de 2023— se encontraron de pronto en medio de una guerra que nadie en la región quería.

—Pero de todas formas condenan a Irán —dijo Karim—, no a Estados Unidos e Israel.

—Condenan los ataques iraníes sobre su territorio, sí. No han respaldado públicamente la operación estadounidense-israelí. Es una distinción importante: no quieren ser vistos como cómplices de un ataque que la mayoría del mundo árabe y musulmán considera una agresión injustificada,

pero tampoco pueden ignorar que sus ciudades están siendo bombardeadas por Irán.

—¿Y Turquía? —preguntó Omar.

—Turquía condenó los ataques de ambos lados. El gobierno de Erdogan llamó a todas las partes a regresar a la diplomacia, ofreció mediación, y se abstuvo de dar acceso a bases turcas para las operaciones militares. Trump amenazó a España con un embargo económico por la misma razón. La guerra está creando fracturas en las alianzas occidentales también.

—¿Y Rusia y China? —preguntó Darius.

—Rusia condenó los ataques como "agresión planeada y no provocada". Putin llamó la muerte de Jamenei "un asesinato cínico". Pero descartó explícitamente que los países del BRICS fueran a apoyar militarmente a Irán. China, que compra aproximadamente el 80 por ciento del petróleo iraní, emitió una condena verbal junto a Rusia pero tampoco fue más allá. Ambos tienen demasiado que perder económicamente en una guerra abierta con Estados Unidos. Irán, en este conflicto, está esencialmente solo.

—¿Y qué va a pasar? —preguntó Sofía. Era la misma pregunta con la que había llegado al principio del semestre, pero esta vez formulada sin la ingenuidad de quien espera una respuesta simple.

El profesor Zahira se apoyó en el pizarrón.

—Hay varias posibilidades, y ninguna es buena en su totalidad.

Recorrió las más probables con la precisión de quien ha estado pensando en esto desde el sábado por la mañana y no ha podido parar.

La primera: los ataques alcanzan su objetivo militar —destruir lo que queda del programa nuclear iraní y decapitar el liderazgo del régimen— y Irán, sin liderazgo claro, sin sistema de defensa aérea efectivo, sin aliados dispuestos a intervenir militarmente, negocia un alto al fuego. El problema de este escenario es que el "día después" —cómo se gobernará Irán, quién lo hará, qué pasará con sus 85 millones de habitantes— no tiene respuesta clara. El canciller alemán Friedrich Merz lo dijo en voz alta cuando visitó la Casa Blanca: "Estamos alineados en apartar a este régimen. Me gustaría hablar también sobre el día después."

—¿Y nadie tiene respuesta para el día después? —preguntó Karim.

—La CIA, según reportes de CNN, está trabajando para armar a fuerzas kurdas y provocar un levantamiento popular en Irán. Trump ha dicho varias veces que quiere que "la oposición iraní tome el poder". Pero la historia de las intervenciones externas que buscan cambio de régimen —Irak 2003, Libia 2011— no es alentadora. Los vacíos de poder en países grandes y complejos raramente se llenan con lo que el interventor quería.

La segunda posibilidad: el conflicto se prolonga. Irán, herido pero no derrotado, activa sus herramientas asimétricas: milicias en Irak, Yemen, Siria, el Líbano. Ya el 2 de marzo, Israel lanzó una invasión terrestre del sur del Líbano y reactivó el conflicto con Hezbollah. El Secretario de Defensa

estadounidense Pete Hegseth dijo en conferencia de prensa que "apenas hemos comenzado a luchar", y que "la gran ola ni siquiera ha ocurrido". Una guerra prolongada en la región más importante del mundo para el suministro energético global tendría consecuencias económicas que van muy lejos de Medio Oriente.

La tercera: el conflicto produce exactamente lo que la intervención decía querer evitar. Si Irán siente que su existencia como Estado está amenazada, la presión para acelerar el desarrollo de un arma nuclear —si tiene esa capacidad— aumenta enormemente. Es la paradoja de las guerras preventivas: a veces crean precisamente el peligro que intentaban prevenir.

—¿Qué es lo más probable? —preguntó Ester.

—Lo más probable es una combinación de elementos de los tres escenarios. Guerra prolongada durante semanas o meses. Alto al fuego negociado en algún punto, probablemente con mediación de países que no participaron en los ataques. Un Irán debilitado pero no desaparecido. Y las consecuencias regionales —el Líbano, los países del Golfo, el petróleo, los refugiados— que durarán muchos años.

—¿Y los iraníes normales? —preguntó Darius—. Los que protestaban contra el régimen. Los que querían cambio.

El profesor lo miró.

—Esa es la pregunta más difícil. Hay iraníes que celebraron la muerte de Jamenei. Hay iraníes que, independientemente de lo que pensaran del régimen, sintieron que su país estaba siendo atacado y cerraron filas. Hay iraníes que simplemente están aterrorizados y tratando de sobrevivir. Una cosa es querer que tu gobierno cambie. Otra es querer que un poder extranjero bombardee tu ciudad para conseguirlo. Estas cosas no son lo mismo, y confundirlas es un error que los interventores cometen con una regularidad que asombra.

Darius asintió lentamente. Tenía los ojos brillantes, pero no lloraba.

—Mi abuela —dijo— va a decir que esto es exactamente lo que temía cuando salió de Irán en 1979. No el régimen. Sino que el mundo nunca iba a dejar a Irán en paz.

—Tu abuela tiene razón en algo —dijo el profesor—. Y también la tienen quienes dicen que el régimen de los ayatolás le hizo un daño enorme a su propio pueblo durante cuarenta y cinco años. Ambas cosas pueden ser verdaderas al mismo tiempo.

Antes de que terminara la sesión, Omar levantó la mano.

—Profesor, el semestre pasado usted dijo que los conflictos grandes se resuelven no con tratados en grandes cámaras sino con personas ordinarias que deciden que la persona frente a ellas importa más que el bando. —Hizo una pausa—. ¿Eso sigue siendo verdad cuando hay misiles cayendo sobre ciudades?

El profesor Zahira lo miró durante un momento largo.

—Sigue siendo verdad —dijo—. Es más difícil de practicar cuando hay misiles cayendo, sí. Pero es precisamente en esos momentos cuando más importa quién elige recordarlo.

Salieron en silencio. En el pasillo, Darius se detuvo y se quedó mirando por la ventana hacia el patio. Las jacarandas estaban en plena floración. Karim se detuvo a su lado.

—¿Cómo está tu familia? —preguntó.

—No tengo familia en Irán. Mis abuelos salieron en el 79. —Hizo una pausa—. Pero siento como si la tuviera.

Karim asintió. No dijo nada más. A veces eso es suficiente.

"Los conflictos grandes se resuelven, si es que alguna vez se resuelven, no con tratados firmados en grandes cámaras, sino con personas ordinarias que deciden que la persona frente a ellas es más importante que el bando al que pertenece."

— El profesor Zahira

—FIN